

Julio-Agosto 2004 7

BOLETÍN OFICIAL
de las **DIÓCESIS de la**
PROVINCIA ECLESIAÍSTICA
de **MADRID**

Diócesis de Madrid

SR. CARDENAL-ARZOBISPO

- "La Mies es abundante y los obreros pocos" 639
- "Ora et Labora" 642
- "Saber escoger la mejor parte" 645
- Santiago en Año Santo 648
- Vigilia de oración con motivo de la Peregrinación Europea de Jóvenes a Santiago de Compostela 651
- Homilía con motivo de la Clausura de la Peregrinación Europea de Jóvenes a Santiago de Compostela 657

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

- Decreto de aprobación de la tabla de "litis expensas" 663
- Nombramientos 666
- Sagradas Ordenes 669
- Defunciones 670
- Actividades del Sr. Cardenal. Julio-Agosto 2004 672

DELEGACIÓN PARA LA CAUSA DE LOS SANTOS

- Causa de Canonización 674

Diócesis de Alcalá de Henares

SR. OBISPO

- Peregrinación diocesana a Santiago de Compostela 677
- La fuerza de una presencia 681
- Las preguntas indiscretas 683
- La mejor parte 685
- De la ambición al servicio 687
- Atesorar, ¿para quién? 689
- Homilía en la Solemnidad de los Santos Justo y Pastor 691

VICARÍA GENERAL

- Actividades diocesanas 696

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

- Defunciones 700
- Actividades del Sr. Obispo. Julio-Agosto 2004 701

Diócesis de Getafe

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

- Nombramientos 705

Iglesia Universal

ROMANO PONTÍFICE

- Mensaje para la XX Jornada Mundial de la Juventud 707

CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE

- Sobre la colaboración del hombre y la mujer en la Iglesia y el mundo 712

Conferencia Episcopal Española

COMITÉ EJECUTIVO

- En favor del verdadero matrimonio 731

Edita:

SERVICIO EDITORIAL DEL ARZOBISPADO DE MADRID. c/ Bailén, 8 - 28071-MADRID - Teléfono: 91 454 64 00

Redacción:

DELEGACIÓN DIOCESANA DE MEDIOS DE COMUNICACIÓN SOCIAL
c/ La Pasa, 5. Bajo, dcha. - 28005-MADRID - Teléfono: 91 364 40 50 - E-mail: boam@planalfa.es

Administración, Suscripciones y Publicidad:

c/ Bailén, 8 - 28071-MADRID - Teléfono: 91 454 64 00

Imprime:

Orinoco Artes Gráficas, S.L. - c/ Caucho, 9 - Tels. 91 675 14 33 / 91 675 17 98 - Fax: 91 677 76 46
E-mail: origrafi@teletel.es - 28850-Torrejón de Ardoz (Madrid)

AÑO CXXII - Núm. 2761 - D. Legal: M-5697-1958

Diócesis de Madrid

SR. CARDENAL-ARZOBISPO

“LA MIES ES ABUNDANTE Y LOS OBREROS POCOS”

**Una llamada urgente para la acción pastoral con los jóvenes
Verano 2004**

**Alocución para Radio COPE
Madrid, 4 de julio de 2004**

Mis queridos hermanos y amigos:

Finalizado el curso -el escolar y, en buena medida, lo que venimos denominando desde hace tiempo el curso pastoral-, movimientos y asociaciones juveniles de toda índole, especialmente los de inspiración cristiana, y muchas de las parroquias y colegios de Madrid, preparan sus campamentos de verano con el objetivo de ofrecer un marco de tiempo libre, apto para la formación y la maduración de la personalidad de sus jóvenes a la luz del modelo de vida según el Evangelio de Jesucristo. La ilusión y entrega de sacerdotes y educadores es frecuentemente admirable y está transida de espíritu apostólico. Un gran empeño de pastoral juvenil sobresale en este verano sobre todos los demás: la gran peregrinación europea de jóvenes en la primera semana de agosto con motivo del Año Santo en Santiago de Compostela. Nuestra Archidiócesis de Madrid se suma a ella con un entusiasmo y compromiso por parte de todos sus responsables de este campo de su acción y servicio pastorales -tan decisivo para el futuro de nuestras jóvenes generaciones y

para la nueva evangelización- fuera de toda vacilación y sospecha. El lema, en torno al cual se convoca a los jóvenes de España y de toda Europa, no puede sonar más estimulante y más actual: ¡los jóvenes, testigos de Cristo para una Europa de la esperanza! Efectivamente, en el que se consiga o no que los jóvenes de la Europa, que acaba de estrenar “constitución” para su nuevo futuro histórico, se decidan valientemente a dar testimonio entre sus compañeros y en el conjunto de la sociedad de la verdad, de la vida y de la gracia salvadora que viene del Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo, se juega el destino de ese proyecto de unidad, tan larga y pacientemente buscado y elaborado por todas las generaciones de europeos de buena voluntad desde finales de la II Guerra Mundial.

¡“La mies es abundante”!, les advertía Jesús a los discípulos cuando les envía a predicar el Reino de Dios “de dos en dos, a todos los pueblos y lugares adonde pensaba ir Él” (Lc 10,1). ¡Era mucha la distancia de Yahvé y de su Ley, cuando no la ruptura de la Alianza con Él, la que se había producido en el Israel de los tiempos de Jesús! Por no extender la mirada al mundo pagano, tan envuelto en la fascinación de los viejos ídolos y en la corrupción moral de la cultura dominante en Roma y en su Imperio. Anunciar en estas circunstancias que Dios había irrumpido en el mundo de un modo absolutamente único y cercano a través de la persona y de la misión de Jesús de Nazareth, el Hijo de Dios e hijo del hombre, podría parecer, con razón, una empresa humanamente imposible. Por eso añade en su admonición: “los obreros son pocos, rogad, pues, al dueño de la mies que mande obreros a su mies” (Lc 10,2). Se hacían necesarios “más discípulos”, dispuestos al seguimiento del Maestro -¡Maestro incomparable con cualquier otro conocido y por conocer!- y, sobre todo, había que ponerse humildemente en las manos de Dios Padre y contar incondicionalmente con Él, suplicándole su gracia y su misericordia. Ese método, tan netamente evangélico y verdaderamente espiritual, tuvo éxito entonces -“los setenta y dos volvieron muy contentos y le dijeron (a Jesús): Señor hasta los demonios se nos someten en tu nombre” (Lc 10,17)- y lo tendría más tarde insuperablemente después de la nueva Pascua de Jesús en su Cruz y su Resurrección y de la efusión del Espíritu Santo en Pentecostés, cuando nace el nuevo y definitivo Pueblo de Dios: la Iglesia. No habrá otro ya hábil para hacer presente y efectivo el Reino de Dios entre los hombres, y su triunfo en las almas y en el mundo.

“La Mies es mucha” también hoy en Europa. El estado de salud moral y espiritual de “su alma” lo ha caracterizado Juan Pablo II, en la Exhortación Postsinodal “Iglesia en Europa”, como el de una “apostasía silenciosa”. Los europeos que sufren más y más dolorosamente sus consecuencias, son los jóvenes. En muchos

casos, se les ha dejado de transmitir las primeras y mas elementales noticias sobre Jesucristo y su Evangelio. El vacío y soledad interior, que padecen, resulta un hecho cada vez más generalizado, lacerante y angustioso. El campo histórico donde ha crecido Europa, el de la fe cristiana, se presenta yermo y sin cultivo en una gran parte del paisaje cultural europeo contemporáneo. El Señor, sin embargo, continúa buscando, llamando y convocando a jóvenes de corazón grande, prestos a sembrar el Evangelio de la Esperanza por todos los caminos de la vieja Europa. Jóvenes que le conozcan primero a fondo, desde lo más interior de sí mismos, y luego se entusiasmen pronto y apasionadamente con Él. ¡Qué magnífica y urgente labor de pedagogía espiritual y pastoral se puede llevar a cabo en las acampadas juveniles de este verano! ¡Qué magnífica oportunidad, la del viejo camino de la peregrinación jacobea, para preparar el encuentro de los jóvenes de Madrid, de España y Europa con Jesús, el Señor, Maestro y Amigo, el Salvador del hombre, su Salvador! Un encuentro que sea hondo, de corazón a corazón, de los que cambian la vida y la trastocan en una maravillosa aventura de entrega y apuesta por el Evangelio de la Esperanza: por el tipo y modelo, realizado y a realizar, del “hombre nuevo”, “a la medida de la estatura de Cristo”.

Y no olvidemos lo que les recordaba el Papa a los jóvenes en “Cuatro Vientos”: “Esta presencia fiel del Señor os hace capaces de asumir el compromiso de la nueva Evangelización, a la que todos los hijos de la Iglesia están llamados. Es una tarea de todos. En ella los laicos tienen un papel protagonista, especialmente los matrimonios y las familias cristianas; sin embargo, la evangelización requiere hoy con urgencia sacerdotes y personas consagradas”.

Si nos confiamos filialmente, “como niños en brazos de su madre”, a la Virgen María, de La Almudena y del Camino, en este grande y bello empeño de pastoral juvenil del verano 2004, en la gran empresa apostólica de la peregrinación juvenil europea al Sepulcro del Apóstol Santiago, habrá nuevos, muchos y generosos “operarios” del Señor Jesús, jóvenes firmemente decididos a sembrar y a recoger la cosecha de su Evangelio para una Europa de la Esperanza.

Con todo afecto y mi bendición,

† Antonio M^a Rouco Varela
Cardenal-Arzbispo de Madrid

“ORA ET LABORA”

La fórmula benedictina para una verdadera renovación de la Iglesia y de la sociedad en Europa

Alocución para Radio COPE
Madrid, 11 de Julio de 2004

Mis queridos hermanos y amigos:

Con este Domingo, el decimoquinto del Tiempo Ordinario, coincide este año la Festividad de San Benito, Patrono de Europa. ¡Una de las figuras más señeras de su historia! San Benito de Nursia iniciaría en momentos decisivos para el nacimiento de los nuevos pueblos que irían configurando la realidad espiritual, cultural y social de Europa, una forma de seguimiento de Cristo, tan impregnada de Dios y tan próxima al hombre, que fascinaría y comprometería a la mejor juventud de su tiempo para inéditos compromisos de renovación de la Iglesia y de la sociedad. La inmensa “familia de sus monjes y monjas”, que va a extenderse por todos los puntos cardinales de la geografía europea en la segunda mitad del primer milenio de nuestra era, se convertirá en el factor más fecundo de evangelización y civilización de aquel Occidente Cristiano, donde se comenzaba a sembrar la semilla de un mundo nuevo en el que la dignidad del hombre y la búsqueda de su verdadera salvación constituirían sus criterios y valores más fundamentales. “Ora et labora” -

ora, reza... y trabaja- es la fórmula genial de la regla benedictina de vida en la que se condensa esa nueva y fecunda vía de la existencia en Cristo, conformada y practicada en su Iglesia a través de las comunidades monásticas benedictinas, que no ha perdido ni un ápice de actualidad desde el siglo fundacional -el s. VI- hasta nuestros días. ¿No constituye también hoy el problema central de la sociedad europea -en la que hay que incluir expresamente a la española- la recta valoración del hombre y de lo que significa su verdadero bien a la luz de la verdad de Dios que nos ha creado y salvado por medio de su Hijo Jesucristo en la fuerza y amor del Espíritu Santo?

El maestro de la ley, del que se nos habla este domingo en el Evangelio de San Lucas, plantea a Jesús una pregunta en la que late la cuestión central para el hombre y su destino y que no deja nunca de inquietar su corazón: “Maestro, ¿qué tengo que hacer para heredar la vida eterna?”. Jesús le contesta remitiéndole a la Ley que su interlocutor conocía muy bien. “¿Qué lees en ella?”, le dice Jesús. La respuesta del experto no se hace esperar: “Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón y con toda tu alma y con todas tus fuerzas y con todo tu ser. Y al prójimo como a ti mismo”. “Bien dicho -corroborra Jesús-. Haz esto y tendrás la vida”. El maestro de la ley antigua insistirá, para justificarse, en preguntar a Jesús quién es “su prójimo”. Con la parábola del buen samaritano recibirá la nueva y definitiva explicación de hasta qué límites de desprendimiento y de generosidad respecto al hombre conduce el amor de Dios cuando se le entiende y vive evangélicamente, siguiendo e imitando a Jesús, el verdadero y definitivo Maestro de la Ley, que se hace nueva y profundamente renovadora con Él y su predicación del Reino de Dios. Al caminante que bajaba de Jerusalén a Jericó, atacado y malherido por los ladrones, le atiende y cuida primorosamente el aparentemente menos obligado a hacerlo, el samaritano que pasa por el camino y se compadece de él; no así, el sacerdote y el levita, los supuestamente buenos conocedores y fieles cumplidores de la Ley, que pasan de largo. A la reiterada pregunta de Jesús -“¿cuál de estos tres te parece que se portó como prójimo del que cayó en manos de los bandidos?”- no le quedó a su dialéctico oponente más salida que la de reconocer: “El que practicó la misericordia con él” (cfr. Lc 10, 26-36). A la luz del Evangelio del Reino de Dios, que anuncia y trae Jesús a la humanidad, el valor del hombre -del prójimo- no se mide por el baremo del amor y estima de sí mismo, sino por el modo como Dios le ama, por la estima y regla del Dios que le ama con entrañas de misericordia infinita. Jesús nos mostrará ese amor divino en toda su fuerza salvadora, subiendo a la Cruz y dando la vida por nosotros. Él y su Evangelio de la llegada definitiva del Reino de Dios no sólo significarían la purificación y superación sobreabundante de lo que los israelitas creían, esperaban y practicaban según la vieja Ley de Moisés, sino su radical trans-

formación, y que incluía una verdadera revolución espiritual de toda la humanidad en sus concepciones del hombre y de Dios y en sus esperanzas más hondas de salvación.

San Benito entra a fondo con su experiencia personal en el conocimiento y cumplimiento del don y del programa de vida que significa esta Ley Nueva del Evangelio de Jesucristo y con la dedicación de toda su vida la transmite y comunica a sus comunidades monacales y, a través de ellas, a toda la Iglesia y, por ella y con ella, al mundo de su tiempo: a la Europa que nacía. ¡“Ora”, ama a Dios que te ha amado y te ama inmerecidamente con infinita misericordia a pesar de tus ofensas y rupturas! Y, sin solución de continuidad, ¡“labora”, ama al prójimo, a tu hombre hermano, sin cálculos egoístas, misericordiosamente, reflejando en tus obras y en tu quehacer diario de la vida familiar, de la profesional, social, cultural y política, el amor del Padre común que está en los Cielos!

Europa nació a la historia comprendiendo al hombre y buscando su bien bajo la inspiración del Evangelio del amor misericordioso de Dios y de su gracia, junto con la aplicación “nueva” de su Ley. Para Europa y España, en esta coyuntura histórica de comienzos del tercer milenio, afanosa en la edificación de un nuevo modelo de unidad, de cooperación y de paz, sólo habrá verdadero futuro si se recupera la vigencia del “ora et labora” benedictinos en la vida de las personas y de las familias y en su respeto y acogida por parte de la sociedad.

A Santa María de Europa, la Virgen Inmaculada, honrada en Madrid bajo la advocación de Nuestra Señora de La Almudena, le confiamos nuestra súplica: ¡que los jóvenes de Europa descubran en el Camino de Santiago, en su peregrinación de comienzos del próximo agosto, el valor inestimable y la fascinante belleza del Evangelio a la luz de esa regla de vida cristiana, tan europea y tan fecunda, que han concebido y encarnado San Benito, sus hijos e hijas a lo largo de quince siglos de historia de la Iglesia!

Con todo afecto y mi bendición,

† Antonio M^a Rouco Varela
Cardenal-Arzbispo de Madrid

“SABER ESCOGER LA MEJOR PARTE” en tiempo de vacaciones

Alocución para Radio COPE
Madrid, 18 de julio de 2004

Mis queridos hermanos y amigos:

El tiempo de vacaciones, propicio para el descanso y para el cambio del ritmo habitual de vida, se presta también para la mirada retrospectiva sobre acontecimientos que han ido entretejiendo y determinando el hilo de nuestras vidas en el curso pasado: para su valoración y su posible rectificación o cambio de rumbo en la nueva etapa después del período vacacional. No es raro que en las horas veraniegas, sobre todo en las más tranquilas, se nos plantee la pregunta por el modo de cómo estamos configurando nuestra existencia diaria -la personal, la familiar y la profesional-, y que nos preguntemos por su acierto y/o por sus fracasos. Y, si no nos cerramos a la voz de Dios que nos habla en el sagrario de nuestra conciencia, la pregunta se nos presentará en toda su hondura y completa verdad como un interrogante sobre la medida de nuestra correspondencia a lo que Él quiere para nosotros y de nosotros: en una palabra, sobre si estamos viviendo nuestro presente y proyectamos nuestro futuro de acuerdo con la vocación recibida como personas y como cristianos. Porque en definitiva el problema del hombre, al afrontar la tarea inaplazable de modelar y encauzar su existencia con el objetivo de una felicidad plena y sin fin, es el de poner al servicio de su vocación divina -glosando a San

Ignacio de Loyola (Ejercicios, 234)- toda su libertad, su memoria, su entendimiento y toda su voluntad, todo su haber y poseer; y el de saber que Él nos lo dio todo y a Él debe retornar. ¡Este es el problema de los problemas para cada uno de nosotros! La clave pues que nos ofrece el Evangelio para comprender la plena verdad de nuestra concreta vocación es la de saber que somos amados y, por eso, elegidos y llamados desde toda la eternidad en Jesucristo para participar en el gozo de la vida divina, en la vida de la misma Santísima Trinidad: ¡“Cristo es para nosotros la esperanza de la gloria”, enseñará San Pablo a los Colosenses! (Col. 1,27). Si somos así amados, no nos queda otra opción que la de corresponder amando a quien nos amó desde toda la eternidad hasta la entrega de su propio Hijo por nosotros y nuestra salvación.

El tiempo de vacaciones puede resultarnos extraordinariamente útil para preguntarnos por la forma de enfocar y conducir nuestra vida a la luz de la fe, con la serenidad y fortaleza de la esperanza, con el ardiente impulso de la caridad. Todo puede ganar en nosotros si nos atrevemos a dar ese paso. Ganaremos en transparencia de lo que somos y de lo que debemos ser a los ojos de Dios y, por lo tanto, desde el punto de vista de lo mejor de nosotros mismos; en claridad en los horizontes y objetivos a los que debemos tender; y en la certeza interior de que merece la pena aspirar a la santidad. ¡No es ningún imposible! Basta adoptar la actitud de la humilde acogida de la gracia, de saber quedarse en la oración íntima al lado del Maestro, de buscarle en los Sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía. El trato íntimo con Él, presente en el Tabernáculo -¡Hostia Pura, Hostia Santa, Hostia Inmaculada!-, nos permite entrar día y noche en el misterio de su perenne y eterna oblación de amor al Padre por la redención del mundo y no dejar de recorrer ningún día el itinerario de nuestra identificación con Él, completando en nuestra carne los dolores de su pasión, sufriendo por su cuerpo que es la Iglesia (Cfr. Col. 1,24).

La historia de la visita de Jesús a Marta y María que nos relata hoy, en pleno ajetreo y disfrute veraniego, el Evangelio de San Lucas no puede resultar más aleccionadora al respecto. Marta, la afanosa, la que lleva el cuidado activo de la casa, se apresura diligente a preparar y disponer todo para que al huésped, amigo y maestro, no le falte nada. María en cambio se queda al lado de Jesús y no cesa de escuchar su palabra. Se queja Marta ante el Señor de que no le ayuda en las faenas de la casa. Y este sorprendentemente le responde que “María ha escogido la parte mejor”. Marta andaba “inquieta y nerviosa con tantas cosas”, pero “sólo una es necesaria” y esa era la que había elegido María (cfr. Lc 10, 38-42). Ni rechaza

Jesús el hecho, ni niega la bondad del servicio de Marta; pero sí advierte sobre el peligro de separarse de la fuente de donde brota el amor: la intimidad con Él, vivida de corazón a corazón, cultivada con la mirada amorosa, de los Misterios de su Vida, Muerte y Resurrección, alimentada con su palabra, con el coloquio vivo y con la súplica. Al fin y a la postre el amor efectivo y fecundo en obras, aún en las circunstancias más adversas, nace de la contemplación.

¡Escojamos la mejor parte también nosotros en estas vacaciones de verano, haciendo espacio y tiempo para ese estilo de oración contemplativa que hemos venido practicando con “la lectio divina” durante todo el curso pasado! Confiemos nuestros jóvenes a María, Nuestra Señora de La Almudena, sobre todo, los peregrinos de Santiago, para que les guíe y enseñe a estar con su Hijo, a hablar con Él, a abrirse a su llamada, a no rehuir la vocación que ha pensado para ellos y por su bien. Vocación que les lleve a la gloria de Dios y a ser instrumentos de salvación de los hombres, sus hermanos ¡Que no se pierdan ni se frustren sus vidas en la vanidad de los sueños de este mundo y de sus triunfos tan engañosos! La “Escuela de María”, la de su devoción, la de su Rosario, es insuperable. Se los confiamos con nuestra plegaria más ferviente.

Con todo afecto y mi bendición,

† Antonio M^a Rouco Varela
Cardenal-Arzobispo de Madrid

SANTIAGO EN AÑO SANTO

La España de 2004 peregrina de nuevo a su Sepulcro

Alocución para Radio COPE
Madrid, 25 de julio de 2004

Mis queridos hermanos y amigos:

La solemnidad del Apóstol Santiago que cae este año en Domingo y por ello da razón y argumento para un nuevo Año Santo ¡año de gran Perdonanza!, trae al primer plano de la atención pública el hecho de una España que viene peregrinando al Sepulcro del Apóstol Santiago a lo largo del año masivamente. El Camino de Santiago se puebla de peregrinos como nunca. La vieja y venerable crónica de la peregrinación medieval en su siglo de oro, contenida en el “Liber Sancti Jacobi”, en el famoso “Codex Calistinus”, empalidece con sus datos e impresiones sobre la multitud de los peregrinos que desde los Pirineos recorrían la ya vieja ruta francesa en esos siglos XII y XIII del máximo fervor jacobeo, si se la compara con la realidad actual de la peregrinación a Compostela. ¿Será verdad pues que España este año se encuentra en estado de peregrinación? ¿La sociedad española se ha convertido en “peregrina de Santiago” en este año Santo del 2004?

A primera vista, parece que sí. Es verdad que muchos de los que emprenden a pie el Camino de Santiago, sobre todo, los que siguen su curso y trayecto

clásico, el del llamado “Camino Francés”, lo hacen motivados por el gran despliegue de la publicidad cultural y turística que han promovido instituciones de todo tipo, no en último lugar, las Administraciones públicas. Curiosidad, diversión, tiempo libre que se quiere aprovechar para una forma no convencional de descanso y de vacación juegan ciertamente su papel en la primera decisión de muchos de los caminantes y visitantes de Santiago en este Año Jubilar; pero resulta no menos verdadero que para no pocos de estos curiosos y turistas que frecuentan en la actualidad el camino de los Peregrinos jacobeos, sin quererlo y mucho menos sin pretenderlo expresamente, se sienten tocados y reclamados en lo más hondo de sus almas por los riquísimos y múltiples signos de la tradición cristiana con los que se encuentran en su andadura hacia Santiago: desde los lugares de oración y culto monásticos hasta los de la acogida dispuesta y presentada con los sentimientos de la caridad de Cristo por hospitaleros y fieles cristianos de toda condición. La gracia del Señor, la cercanía silenciosa de su Madre hacen el resto. Al llegar a la meta, a la Catedral del Apóstol, se ha producido el milagro de la conversión; se han encontrado con su Señor y Salvador Jesucristo. La vida les ha cambiado radicalmente.

Estas historias entrañables y hondas de las conversiones individuales, experimentadas en el Camino de Santiago y que se repiten tantas veces, se nos asemejan a signos e indicios veraces de lo que está ocurriendo en general con la sociedad española, al menos en la reflejada en los medios de comunicación social, en este Año Santo. Por un lado se deja atraer y hasta fascinar por ese difuso encanto que rodea la aventura del Camino de Santiago y la propia Ciudad del Apóstol, pero resistiéndose a llegar al fondo espiritual y cristiano de lo que el hecho jacobeo significa para la autocomprensión de sí misma y de su historia y, en especial, de todo lo que implica y ofrece para una verdadera renovación de sí misma en la línea del servicio integral a la persona humana y de una concepción de la vida rica en humanidad y transida de esperanza. Y, sin embargo, y a pesar de las apariencias en contrario, esta España, peregrina al Sepulcro del Apóstol Santiago, da la impresión de no ser del todo insensible a la necesidad de vivir un verdadero proceso de retorno sincero a las fuentes de su fe cristiana, a las raíces evangélicas de su ser histórico y a la esperanza trascendente de que se ha alimentado siempre; en una palabra, de querer reconocer sinceramente delante de Dios que está necesitada de conversión a Jesucristo, Crucificado y Resucitado por nosotros y nuestra salvación, si quiere triunfar sobre el pecado y sus consecuencias de injusticias e insolidaridades sin fin. ¿Habrà captado de verdad esta necesidad urgente la conciencia colectiva de los españoles que en tan gran número y con tanto entusiasmo peregrinan a Santiago de Compostela en este primer Año Santo del Tercer Milenio? Confiamos que sea

así; que, al menos, en las almas de los jóvenes peregrinos, tan numerosos y animosos, haya prendido la inquietud espiritual por España y por su futuro. Hoy mismo los jóvenes madrileños se ponen en camino hacia Santiago desde la Catedral de Oviedo. Con ellos va la ilusión de un nuevo tiempo para el anuncio y el testimonio del Evangelio de la esperanza en España.

Para que España se reencuentre en Santiago de Compostela con el Evangelio de Jesucristo que ha modelado su alma a lo largo de los siglos e inspirado y sostenido, sirviendo a Dios, sus más grandes empresas históricas en bien del hombre, dirigimos hoy, día de Santiago, nuestra petición y súplica filial a María, la Madre del Señor y Madre nuestra, Santa María de los peregrinos, Virgen del Camino, atenta siempre a que no perdamos la senda que conduce a su Hijo, aquella que desde su Pilar en Zaragoza alentó a Santiago en su predicación del Evangelio a los españoles. ¡Quiera ella ayudarles y auxiliarles en el itinerario interior de una nueva conversión, en esta hora histórica tan densa de interrogantes y peligros, pero también tan llena de esperanzas!

¡Dios ayuda y Santiago!

Con todo afecto y mi bendición,

† Antonio M^a Rouco Varela
Cardenal-Arzobispo de Madrid

VIGILIA DE ORACIÓN CON MOTIVO DE LA PEREGRINACIÓN EUROPEA DE JÓVENES A SANTIAGO DE COMPOSTELA PEJ'04

Monte del Gozo. Santiago de Compostela.
7 de agosto de 2004

¡Queridos Jóvenes!

Bienvenidos seáis todos a esta Vigilia de oración en el Monte del gozo que evoca la memoria del Santo Padre, Juan Pablo II, en su inolvidable Jornada de la Juventud del año 1989. Muy cerca de la tumba del apóstol Santiago, el primero en beber el cáliz de Cristo, nos reunimos para orar y pedir al Señor que renueve la gracia de Pentecostés, que el Espíritu descienda sobre nosotros y nos haga testigos valientes del evangelio de la Esperanza, para que Europa recupere su alma cristiana y florezca en ella la vida que ha dado origen a que pueblos, lenguas y culturas tan distintos vivan en una unidad espiritual que tiene sus raíces en el evangelio de Cristo.

1. Construir la Europa del Espíritu

Queridos jóvenes, habéis venido desde los distintos pueblos de Europa para pedir al apóstol la gracia de ser, como quiere el Papa, “centinelas del mañana”, “operadores y artífices de paz”, “constructores de la civilización del amor”; en definitiva, testigos de Cristo y de su evangelio, de forma que contribuyáis “a hacer

realidad un gran sueño: el nacimiento de la nueva Europa del Espíritu. Una Europa fiel a sus raíces cristianas, no encerrada en sí misma, sino abierta al diálogo y a la colaboración con los demás pueblos de la tierra; una Europa consciente de estar llamada a ser faro de civilización y estímulo de progreso para el mundo, decidida a aunar sus esfuerzos y su creatividad al servicio de la paz y de la solidaridad entre los pueblos”[1].

La Palabra de Dios que hemos escuchado nos da las claves para realizar esta apasionante tarea. En el libro de los Hechos y en el evangelio de san Marcos, la Iglesia aparece unida en un mismo lugar: el cenáculo de Jerusalén y la barca de los discípulos, símbolo de la comunidad creyente. En Jerusalén “perseveraban en la oración con un mismo espíritu en compañía de María, la Madre de Jesús”. En esa actitud desciende el Espíritu sobre la Iglesia y la capacita para hablar en todas las lenguas, de modo que el evangelio pueda llegar a todos los confines de la tierra. Queridos jóvenes, al inicio de este milenio, el Papa nos ha hablado del primado de la oración y de la contemplación del rostro de Cristo, nos ha invitado a mirar al Señor y descubrir en Él al que vive para siempre, al Resucitado que dirige la historia. Para que Europa recupere su alma es preciso que las nuevas generaciones hagan de ella una comunidad que ora[2], abierta al misterio de Dios, única fuente de la vida y de la esperanza. ¡Sed testigos del Dios vivo! ¡Manifestad con vuestra fe, vivida gozosamente, que las propuestas materialistas de nuestra sociedad, cerradas a la trascendencia, sofocan al hombre, le arrancan la esperanza y le conducen inevitablemente a nuevas y antiguas idolatrías, incapaces de renovar la vida de nuestros pueblos! [3]

2. Somos la Iglesia de Cristo

Perseverar en la oración con un mismo espíritu quiere decir que somos conscientes de que el Señor nos ha constituido en su Iglesia, el Pueblo que avanza por los caminos de la historia, y que en su marcha llama a todos los hombres a entrar en esta hermosa casa de Dios donde encontramos la salvación y el perdón de los pecados. La Iglesia, que es signo de contradicción como el mismo Cristo, os llama, queridos jóvenes, a vivir en ella, a edificarla juntamente con sus pastores, a vivificarla con vuestra entrega y santidad, y a expandirla con vuestro afán misionero.

[1] Juan Pablo II, Discurso de Juan Pablo II en la Vigilia de oración con los jóvenes, 1, Madrid, 3-V-2003.

[2] Juan Pablo II, *Ecclesia in Europa*, 66.

[3] Juan Pablo II, *Ecclesia in Europa*, 69.

En la Iglesia encontraremos siempre todo lo que necesitamos para renovar nuestro mundo: la palabra de la Verdad, que es el evangelio, la gracia de la salvación en los sacramentos, la unidad que supera toda división y ruptura, la paz que es el signo de la presencia de Cristo resucitado y el sello inequívoco del perdón de los pecados.

Amad la Iglesia, servid a la Iglesia, extended la Iglesia. Es la casa del Espíritu, el lugar de la comunión donde todos los pueblos se sienten hermanos. La unidad europea sólo podrá realizarse en la medida en que los distintos pueblos que forman Europa reconozcan que viven de una unidad hermosa y antiquísima cuyos orígenes están en los afanes apostólicos de los primeros testigos del Señor -Santiago es figura señera- que, proclamando el evangelio y fundando Iglesias, pusieron los cimientos de una nueva forma de vivir que llamamos cristianismo. ¡No permitáis, queridos jóvenes, que esta hermosa herencia se despilfarre; no consintáis que ideologías opuestas a Dios y, por tanto, enemigas del hombre, pretendan destruir lo que el Espíritu ha edificado a lo largo de siglos con la heroica cooperación de los testigos de Cristo que nos han precedido! No os dejéis manipular por quienes pretenden seduciros con ideologías contrarias a la vida, a la verdadera dignidad de la persona humana, a la comprensión de la sexualidad y del amor según el plan de Dios, que contribuyen en último término a lo que el Papa ha llamado “oscurecimiento de la esperanza”[4].

3. “Ánimo, soy yo, no temáis”

Dice el evangelio proclamado que los discípulos en medio del mar “se fatigaban remando, pues el viento les era contrario”. Esta imagen de la barca en medio de la dificultad es muy expresiva: nos recuerda que no todo depende de nuestra fatiga; más aún, que nuestros esfuerzos son inútiles cuando nos falta Aquél que nos dice con toda la fuerza de su autoridad: “¡Ánimo, que soy yo, no temáis!”. Si el Señor no construye nuestra casa, en vano nos cansaremos; si Él no vigila, en vano vigilaremos; si Él no sube a la barca, en vano remaremos. Nuestra esperanza, la esperanza de Europa está en Cristo que vive en la Iglesia y que la ayuda a superar las dificultades de la historia. El Papa nos lo ha recordado recientemente al presentar a Cristo como nuestra Esperanza, y nos exhorta a ser testigos de su esperanza para Europa. Los cristianos vivimos de esta certeza: el Señor está presente en la Iglesia y nos dice: “No temas, soy yo, el Primero y el último, el que vive”.

[4] Juan Pablo II, *Ecclesia in Europa*, 7.

Como jóvenes que iniciáis el camino de vuestra existencia debéis fiaros de Cristo y depositar en Él toda la confianza. Cristo no es un fantasma, es un ser vivo, real, capaz de llenar vuestra existencia de pleno sentido. Son muchos los caminos que el seguimiento de Cristo abre a quienes buscan de verdad y con rectitud de corazón ser felices. El camino del amor conyugal, el camino del ministerio sacerdotal y el de la vida consagrada con sus diferentes formas y matices. En cualquiera de ellos, Cristo quiere que seáis dichosos, bienaventurados. Cristo os invita a la felicidad. Pero es preciso dejarse conquistar por Él, seducir por su belleza y colocarse bajo su verdad.

4. Tenían la mente embotada

Hemos escuchado en el evangelio que los discípulos no habían reconocido al Señor porque tenían la mente embotada. Lo mismo puede ocurrirnos a nosotros y a los jóvenes, amigos y contemporáneos vuestros, junto a los cuales pasa el Señor y no le reconocen porque tienen la mente embotada. ¿Qué quiere decir esto? Vivimos en una civilización que se cierra a la verdad, que propugna por doquier el subjetivismo y relativismo, dejando al hombre al arbitrio de sus tendencias y pasiones. A los jóvenes, de modo especial, se les halaga y seduce con fáciles sofismas, proponiendo caminos de falsa felicidad y cegando al mismo tiempo las generosas capacidades que existen en su corazón. Dicho sencillamente: se les engaña. Los dioses de este mundo tienen nombres concretos: poder, dinero, diversión, fama, banalización de la vida, disfrute de lo inmediato, codicia de bienes materiales. Todo ello embota la mente, ciega el espíritu y nos sitúa de espaldas a Dios que se nos ha revelado en Cristo. Todo ello nos separa del hermano y nos hace insensibles a las necesidades de los más pobres y marginados de nuestra sociedad. No embotéis vuestra mente, nos recuerda el apóstol.

Como jóvenes estáis llamados a evangelizar a los jóvenes, a incorporarles a la barca de la Iglesia donde Cristo nos dice a todos: “Yo soy, no temáis”. Vuestra tarea en medio de la juventud que Europa necesita, consiste en dar testimonio de la verdad de Cristo que a vosotros, en primer lugar, os ha liberado. Este trabajo evangelizador no es fácil; exige en vosotros las actitudes martiriales de los apóstoles que dieron la vida por Cristo y por el evangelio. Robusteced para ello vuestra vida cristiana con la práctica de los sacramentos, en especial de la eucaristía y de la penitencia, y con el ejercicio de las virtudes cristianas. Las sociedades nuevas sólo pueden ser hechas por hombres nuevos. Una Europa nueva, la Europa del Espíritu, sólo puede ser hecha por hombres convertidos a Cristo, que pueden proponer a

otros la vida que ellos mismos han recibido del Señor. Es preciso, por tanto, que cuantos os dedicáis al trabajo con los jóvenes aprendáis del Señor su modo de actuar para conducirles a la verdad y aprendáis las virtudes de los santos que han fecundado nuestra historia.

5. El testimonio de la santidad

Los santos deben ser vuestros modelos. Europa ha ofrecido a la Iglesia una floración de santos de cuya vida, tradición y obras aún vivimos. Europa no se entiende sin sus patronos y patronas: San Benito, y los santos Cirilo y Merodio; santa Brígida de Suecia, santa Catalina de Siena, santa Teresa Benedicta de la Cruz (Edith Stein). Muchas naciones europeas no pueden explicarse a sí mismas sin la referencia a estos hombres y mujeres que, convertidos a Cristo, dieron lo mejor de sí mismos a favor de sus hermanos. La santidad es extraordinariamente fecunda. El Papa, dirigiéndose a vosotros, os invita constantemente a la santidad, a luchar contra toda forma de mediocridad y tibieza, a situar vuestra vida en el seguimiento de Cristo, como hizo Santiago, para que podáis responder como él, a la pregunta de si podía beber su cáliz: “sí puedo”. Esto significa que el cristiano se compromete, no sólo a determinados actos de devoción o de piedad, sino a dar la vida por Cristo. El cristianismo, en su fascinante novedad, nos vincula a Cristo de tal manera que nuestra vida sólo puede ser como la suya. Este es el testimonio que Europa y el mundo entero necesita: el de hombres y mujeres transformados en Cristo en cuya vida familiar, social y profesional se haga visible, transparente, la presencia de Aquél que ha dado la vida por nosotros. Por eso, la Europa del espíritu sólo tendrá lugar en los hombres y mujeres que hayan recibido en su corazón, en su carne y en su alma, el espíritu de Cristo y puedan comunicarlo a los demás con la palabra y el testimonio de su vida.

Ésta es, queridos jóvenes, la apasionante tarea que os espera. Sois portadores de la esperanza de Cristo. No apaguéis la llama que os ilumina y que debe iluminar a los demás. Amad a Cristo y dejaos amar por él, de modo que, en vuestras propias luchas, miedos y temores, escuchéis esa palabra capaz de renovar en vosotros la certeza de que Cristo os acompaña en vuestra vida: “Animo, que soy yo, no temáis”.

Unamos ahora nuestros corazones en la oración con la que pedimos a Cristo un nuevo Pentecostés en el que todos los pueblos escuchen en sus propias lenguas las maravillas de Dios. Pidamos al Espíritu el fuego santo que nos purifique y

nos capacite para hablar la lengua del Espíritu, que es el amor que une. Y perseverando en la oración, invoquemos a María, Madre de Cristo y Madre nuestra para que ella nos enseñe a vivir siempre en oración, contemplando el rostro de Cristo, y a proclamar, con nuestra propia vida, las maravillas de Dios. A ella, en esta vigilia del sábado, nos dirigimos con las palabras del Papa:

“Vela por lo jóvenes,
esperanza del mañana:
que respondan generosamente
a la llamada de Jesús”[5].

[5] Juan Pablo II, *Ecclesia in Europa*, 125.

HOMILÍA CON MOTIVO DE LA CLAUSURA DE LA PEREGRINACIÓN EUROPEA DE JÓVENES A SANTIAGO DE COMPOSTELA PEJ'04

Monte del Gozo.
Santiago de Compostela, 8 de agosto de 2004

Mis queridos hermanos y hermanas en el Señor:
Mis queridos jóvenes:

El reto de la Europa cristiana: su vigencia y sus exigencias para los jóvenes católicos

Desde distintos puntos de la geografía europea habéis peregrinado a Santiago de Compostela invitados por la Conferencia Episcopal Española y el Arzobispo de esta Ciudad donde reposan los restos de ese Apóstol que fue el primero que “bebió el cáliz del Señor” -¡dio su sangre por Él!-. El lema que os hemos propuesto para vuestra peregrinación emana una indudable fascinación. ¿Qué joven europeo sensible para las necesidades más hondas de sus contemporáneos y amigos, no se siente alentado -¡cogido!- por la llamada a ser testigo de Cristo para que en Europa, ¡en una nueva Europa unida fraterna!mente!, vuelva a renacer la esperanza? Los Obispos Españoles sabíamos muy bien que podíamos contar incondicionalmente con vuestros amigos y hermanos, los jóvenes católicos de España, para esta bella

empresa de una nueva cita europea en el viejo y venerable “Camino de Santiago” con motivo del primer Año Santo del Tercer Milenio que el Santo Padre nos invitó a afrontar “remando mar adentro” sin desmayos y cansancios, mirando y contemplando el rostro de Cristo, el Señor y Salvador por excelencia. Llamó a sus discípulos amigos -”desde ahora os llamo amigos, porque os he dado a conocer todo lo que he oído a mi Padre” (cfr. Jo 15,15) y así los sigue llamando hasta hoy. Así nos llama a nosotros. Estábamos seguros además de la comprensión positiva y activa de nuestros hermanos en el Episcopado de toda Europa y, sobre todo, del apoyo espiritual y pastoral del propio Santo Padre Juan Pablo II, el más insigne peregrino que conoció Santiago de Compostela nunca. En dos ocasiones memorables e inolvidables se postró ante el Sepulcro del Apóstol Santiago, el que España venera como su Patrono y primer evangelizador y el que todos los pueblos hermanos de Europa reconocen como Guía insigne de su peregrinación cristiana a lo largo de los siglos en que ella se formó como continente homogéneo cultural y espiritualmente. La primera vez clausuraba su primera visita apostólica a las diócesis de España con un acto europeísta en la Catedral y Santuario del Apóstol, pleno de clarividencia y aliento profético al divisar en su horizonte inmediato las grandes cuestiones morales y espirituales que condicionarían el proceso de unidad europea y su futuro. Era preciso no olvidar que “sin alma” el proyecto europeo tendría fecha ineludible de caducidad. Sus palabras no han perdido la más mínima actualidad dos décadas después. Suenan con la misma frescura, incluso, con mayor urgencia histórica y como un reto inaplazable para vosotros, jóvenes peregrinos europeos de Santiago del Año Santo del 2004: “Yo -exclamaba el Papa- Obispo de Roma y Pastor de la Iglesia Universal, desde Santiago te lanzo, vieja Europa, un grito lleno de amor. Vuelve a encontrarte. Sé tú misma. Descubre tus orígenes. Aviva tus raíces. Revive aquellos valores auténticos que hicieron gloriosa tu historia y benéfica tu presencia en los demás continentes. Reconstruye tu identidad espiritual en un clima de pleno respeto a las otras religiones y a las genuinas libertades”.

¿Y cómo responder a la llamada vibrante -¡un verdadero desafío humano y divino a la vez!- de Juan Pablo II? ¿Cómo conseguir el giro espiritual y cristiano de la Europa de nuestros días? ¿Cómo lograr que sea capaz de recuperar el dinamismo interior y exterior de sus mejores siglos, de lo mejor de sí misma? La respuesta se la ofrecía el propio Juan Pablo II, de forma implícita, a la juventud europea en la IV Jornada Mundial de la Juventud, los días 19 y 20 de agosto de 1989, en Santiago de Compostela, al ponerse al frente como un peregrino más, “peregrino de todos los caminos del mundo”, romero tras las huellas de Cristo, de “una inmensa

riada juvenil nacida en las fuentes de todos los países de la tierra”, para anunciarles y mostrarles con su palabra y con su ejemplo de padre, pastor y amigo excepcional que “Jesucristo es el Camino, la Verdad y la Vida”; y para decirles directa y provocadoramente, ¡sin rodeos!, como le gusta oírlo a los jóvenes: “¡No tengáis miedo a ser santos! Esta es la libertad con la que Cristo nos ha liberado (cfr. Ga 5,1)”.

Queridos jóvenes, peregrinos de Europa, venidos del centro, del norte y del sur, del este y del oeste del continente europeo a Santiago, Meta de la peregrinación cristiana de todos vuestros pueblos y patrias en esos siglos del segundo milenio, en que Europa nace y se configura peregrinando: ¡ese sigue siendo nuestro y vuestro reto al asumir y edificar nuestro futuro común en esta nueva y decisiva etapa de su historia que acabamos de estrenar en el pasado mes de mayo con la ampliación de la Unión Europea y la aprobación del proyecto de norma fundamental para la ordenación jurídica de su convivencia y desarrollo, cuando a sus hombres de gobierno les cuesta tanto reconocer la evidencia histórica y existencial de las raíces cristianas que han inspirado y alimentado su génesis y devenir humano, cultural y religioso -¡su alma!- desde el principio hasta hoy mismo.

Un reto personal y colectivo: el renovado encuentro con Cristo y su Evangelio

Se trata, en primer lugar de un reto personal: ¿Cristo es para mí, para mis proyectos de futuro, para la configuración íntima y compartida, de mi vocación y de mi existencia y para mis aspiraciones profesionales “el camino, la verdad y la vida”? ¿Es que se puede pretender edificar un orden social y crear un clima cultural, rico en humanidad y en solidaridad, al estilo de una “civilización del amor” por otros caminos y orientándose por otras verdades y ofertas de vida que no sean las de Cristo, que no sean Cristo mismo? ¿Se puede hablar, reflejar y transpirar esperanza auténtica, sin falsos espejismos y engañosas ilusiones al margen de Él o acaso contra Él?

Mis queridos jóvenes, los peregrinos de Santiago se encuentran siempre al llegar a la Meta el Sepulcro del Apóstol, es decir, con la memoria de los momentos iniciales y fontales de aquella historia nueva y única en la que unos hombres sorprendentes iniciaron una campaña de comunicación inédita por su estilo y por su contenido. Doce hombres, de humilde y sencilla extracción social, discípulos de Jesús de Nazaret, llamados Apóstoles, presididos y guiados por Pedro, primero

anunciaron en Jerusalén y, luego, en todo el mundo conocido de su tiempo, públicamente, jugándose la vida, que Jesús de Nazaret, el Señor Jesús, como ellos le llamaban, a quien habían matado los jefes de su pueblo colgándolo de un madero, había resucitado. La diestra de Dios lo había exaltado, haciéndolo Salvador, para otorgarle a Israel y, a todos los hombres, la conversión por el perdón de los pecados. Desde los primeros pasos de su misión en la Ciudad Santa no sintieron miedo a pesar de las conminaciones apremiantes y amenazadoras para que se callasen por parte de los que se creían aludidos: las autoridades religiosas y políticas de su propio pueblo: ¡era preciso obedecer a Dios antes que a los hombres! Santiago sería el primero que pagaría con su sangre el precio del testimonio apostólico. Herodes lo hizo pasar a cuchillo.

La pregunta ante el relato de esos hechos se nos hace inevitable: ¿cuál es el secreto de esa opción límite, mantenida con total fidelidad y con una fortaleza desconocida por Santiago en los primeros años del nacimiento de la Iglesia en Jerusalén y, luego, muy pronto, por Pedro y los demás Apóstoles en Roma y en todos los lugares del Imperio a los que llegaron en misión sobrehumana, sin parangón alguno en la historia comparada de pueblos, religiones y culturas, con la proclamación de la misma noticia, necia para los griegos y escandalosa para los judíos, de la “Buena Nueva” de Jesucristo Muerto y Resucitado? Porque ninguno de ellos dudó o vaciló en asumir el Martirio para corroborar con la entrega de la vida la verdad de sus palabras.

San Pablo, el otro gran Apóstol apasionado de Cristo, que se siente vasija de barro, humanamente inerme ante los acosos de los enemigos del Evangelio, nos da la clave: “Creí por eso hablé, también nosotros creemos y por eso hablamos”. Los Apóstoles no sólo vieron, sino que, y sobre todo, creyeron en Jesucristo con toda la fuerza de su ser y todas las fibras de su corazón, conmovidos por lo que habían visto y oído. Convertidos y abiertos a la gracia de Dios y a la fuerza del Espíritu Santo conocieron a Cristo en toda su verdad y la profesaron sin rubor con un gozo de inmensidad inexplicable: la verdad del Hijo de Dios hecho hombre, muerto y resucitado por nosotros y por nuestra salvación. Lo conocieron y amaron. Se dejaron transformar por Él. Su vida cambió radicalmente de signo: se convirtieron en sus testigos ante los hombres, a los que convocan y reúnen de acuerdo con el mandato y misión que reciben del mismo Jesucristo para formar la Iglesia, una comunidad singular no asimilable a las realidades sociales de este mundo, donde se anuncie su Palabra, se celebren los Sacramentos de su Presencia y acción salvadora, se viva el mandamiento nuevo del amor. Se forma así un nuevo

Pueblo, el definitivo Pueblo de Dios en el que “servir es reinar”, semilla y raíz de toda acción y promoción fecunda de justicia y de solidaridad en todos los ámbitos de la vida humana.

El Secreto de Santiago y de su peregrinación: el seguimiento y el amor de Jesucristo

Ese es el secreto: el seguimiento y el amor de Cristo. El secreto que se nos revela una vez más en Santiago a los que peregrinamos hasta su sepulcro. El que se os ha revelado a vosotros, queridos jóvenes, a lo largo del Camino, sobre todo, aquí en su final compostelano. Si habéis visto y contemplado a Jesús en el interior de vuestro corazón y en la experiencia de Iglesia vivida en la peregrinación, y habéis vuelto a decirle el sí pleno y jugoso de la fe, a ofrecerle el amor de vuestro corazón, a veces inseguro y débil, pero generoso en la intención y en el propósito, a confesarle cara a cara en el Sacramento de la Penitencia lo que habéis fallado y pecado, confiándoos a su amor más grande, lleno de misericordia y de ternura para con vosotros, entonces habéis llegado a la Meta de vuestra peregrinación, habéis conseguido el mejor trofeo que puede obtenerse en Santiago de Compostela: la gracia de la conversión, una fe renovada, el entusiasmo y la alegría por haber descubierto el amor de Dios que vence al pecado y al mundo y supera la tentación de sucumbir a los intereses y placeres egoístas en vuestras relaciones personales, en el matrimonio, en la familia, en el cuidado del derecho a la vida de los más inermes e indefensos, en la ordenación del mundo profesional y del trabajo; la vocación aclarada en función del valor supremo al que hay que aspirar y realizar en la peregrinación de este mundo, la santidad. Sólo los convertidos al ideal pleno de la vida cristiana encuentran su vocación específica dentro de la Iglesia -la de esposos cristianos, la de sacerdotes y de consagrados-. Sólo ellos, en todo caso, pueden ser testigos de esperanza para Europa. ¡Vosotros, queridos jóvenes peregrinos de la PEJ'04 podéis serlo, debéis serlo, lo seréis ya! La comunión del Cuerpo y de la Sangre de Cristo es el momento para esa plena identificación con el Señor que apresta y alienta a los testigos de Jesucristo.

Cuando nos disponemos ya para el próximo encuentro mundial de los jóvenes con el Santo Padre en agosto del próximo año en la Ciudad de Colonia, los jóvenes europeos, peregrinos de Santiago, quieren confesar hoy ante la Iglesia y la sociedad europea que van a comprometerse a fondo con el anuncio, la celebración y el servicio del Evangelio de Jesucristo para que en Europa vuelva a renacer y florecer la verdadera esperanza.

¡María, Nuestra Señora y Madre, que nos ha cuidado primorosamente en “el Camino” y nos ha traído hasta la Meta del encuentro sincero y pleno con su Hijo, nos acompañe siempre y proteja en las próximas y futuras encrucijadas de nuestras vidas!

A Ella, a quien proclamamos ¡“Vida, Dulzura y Esperanza Nuestra”! os confiamos.

Amén.

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

DECRETO DE APROBACIÓN DE LA TABLA DE “LITIS EXPENSAS”

*Nos, Dr. D. ANTONIO MARÍA, del título de S. Lorenzo in Damaso,
Cardenal ROUCO VARELA, Arzobispo de Madrid*

La carga que supone para la Administración Diocesana el mantenimiento de los servicios del Tribunal Metropolitano, hace que siga siendo necesario que los fieles que acuden al Tribunal, y que su situación se lo permite, contribuyan, al menos en parte, al sostenimiento del mismo con su aportación económica.

Por ello, a propuesta de la Vicaría Judicial, siendo oportuno revisar y actualizar la tabla de “litis expensas”, honorarios a profesionales y cuotas, por el presente, a tenor del canon 1649 del vigente Código de Derecho Canónico

DECRETAMOS

la aprobación de la tabla de “litis expensas”, honorarios a profesionales y cuotas que figura en el anexo a este Nuestro Decreto, que entrará en vigor, previa su publicación en estrados del Tribunal Metropolitano, el día uno de septiembre de dos mil cuatro.

Dado en Madrid, a dieciséis de julio de dos mil cuatro.

† Antonio María Rouco Varela
Cardenal-Arzobispo de Madrid

Por mandato de su Emcia. Rvdma.
Alberto Andrés Domínguez

TABLA DE LITIS EXPENSAS, HONORARIOS A PROFESIONALES Y CUOTAS VIGENTES A PARTIR DE 1 DE SEPTIEMBRE DE 2004

I. LITIS EXPENSAS

I. 1. Causas de nulidad de matrimonio 1ª Instancia

I.1.1. Demandante	600
I.1.2. Demandado (en caso de personarse activamente)	400
I.1.3. Por cada capítulo de nulidad añadido	200

I.2. Causas de nulidad de matrimonio 2ª Instancia

I.2.1. Confirmación de sentencia o paso a proceso ordinario	400
I.2.2. Apelación	600
I.2.3. Demandado (en caso de personarse activamente)	400
I.2.4. Por cada capítulo de nulidad añadido	200

I.3. Proceso documental en causas de nulidad de matrimonio, causas de separación conyugal y causas "iurium"	500
--	-----

I.4. Procedimiento de disolución "in favorem fidei" y de dispensa "super rato"	600
---	-----

I.5. Procedimientos de muerte presunta	400
---	-----

I.6. Incidentes: a discreción del Juez 300

I.7. Cumplimiento de exhortos:

I.7.1. Por declaración de parte	60
I.7.2. Por declaración de testigo	50
I.7.3. Por notificación de sentencia	30
I.7.4. Por prórroga de competencia	60
I.7.5. Otras diligencias	30

I.8. Derechos de Secretaría General

I.8.1. Mandato a procurador y letrado	30
I.8.2. Desgloses, certificaciones y legalizaciones (cada 5 páginas o fracción)	10
I.8.3. Copia de sentencia	30

II. HONORARIOS DE PERITOS

II.1. Psicólogos y psiquiatras	300
II.2. Ginecólogos y urólogos	200
II.3. Calígrafos	180
II.4. Traductores (por folio a traducir)	15

III. CUOTAS

III.1. Letrados del elenco (por año)	90
III.2. Procuradores del elenco (por año)	30
III.3. Habilitación "ad casum" de letrado	150
III.4. Habilitación "ad casum" de procurador	60
III.5. Comunicaciones por fax o correo electrónico (por causa)	100

La presente TABLA de "litis expensas", que consta de un folio rubricado por mi y sellado con mi sello, más el presente, ha sido aprobada por el Emmo. y Rvdmo. Sr. D. **Antonio María**, Cardenal **Rouco Varela**, Arzobispo de Madrid, por Decreto de fecha dieciséis de julio del año dos mil cuatro.

Madrid, dieciséis de julio del año dos mil cuatro

Alberto Andrés Domínguez
Canciller-Secretario

NOMBRAMIENTOS

CURIA DIOCESANA:

Director del Departamento para el Servicio Diocesano de Exequias:

D. Luis Manuel Ayestarán Talens (29-06-2004).

Notarios de la Notaría de Partidas:

D. José María Galán García y D. José María Pérez Fernández (15-07-2004).

Notarios de la Notaría de Matrimonios:

D. Juan José Infantes Barroso y D. Ladislao Luna Rodríguez-Rey (15-07-2004).

PÁRROCOS:

De Nuestra Señora del Sagrado Corazón:

P. José Antonio Rodríguez Riera, M.S.C. (6-07-2004).

De San Miguel Arcángel, de La Hiruela:

P. José Ángel Villegas Vallejo, S.C. (13-07-2004).

De San Romualdo:

D. Alejandro Pérez López (13-07-2004).

ADMINISTRADOR PARROQUIAL:

De Nuestra Señora de la Guía:

D. Juan Espinosa Rueda (6-07-2004).

VICARIOS PARROQUIALES:

De Santa Bárbara y Santa Elena: D. Pedro Sabe Andreu y D. Ricardo Ezpeletea Ezpeletea (6-07-2004).

De Nuestra Señora del Tránsito: D. José Eugenio Laguna García. Por dos años (6-07-2004).

Del Espíritu Santo y Nuestra Señora de la Araucana: D. Fernando Antonio Martínez García, por dos años (6-07-2004).

De Nuestra Señora del Rosario de Fátima: D. Jesús Vidal Chamorro, por dos años (6-07-2004).

De Cristo Sacerdote: D. Juan Luis Fernández Expósito, por dos años (6-07-2004).

De Espíritu Santo: D. Pablo Maldonado Juárez, por dos años (6-07-2004).

De San Vicente Ferrer: D. Diego José Figueroa Soler, por dos años (6-07-2004).

De San Jerónimo el Real: D. Ricardo José Gómez de Ortega Fuente, por dos años (6-07-2004).

De Nuestra Señora de la Misericordia: D. Francisco Javier Medina Chávez, por dos años (6-07-2004).

De San Pedro Advincula: D. Héctor Javier García Mediavilla, por dos años (6-07-2004).

De María Madre del Amor Hermoso: D. Pedro Manuel Arcas Valero, por dos años (6-07-2004).

De Nuestra Señora de los Desamparados: D. Roberto Baker Delgado, por dos años (6-07-2004).

De San Camilo de Lelis: D. Daniel Orozco Villaverde, por dos años (6-07-2004).

De Virgen de la Fuensanta: D. Mario José Palacio Gayoso, por dos años (6-07-2004).

De Nuestra Señora del Aire: D. Joaquín Abaga Nvo-Mokuy, por dos años (6-07-2004).

De San Pedro Apóstol: D. Ricardo Gómez Castillo, por dos años (6-07-2004).

De San Alfonso María de Liborio: D. Manuel Lorente Álvarez, por dos años (6-07-2004).

De la Asunción de Nuestra Señora de Pozuelo: D. Antonio de la Torre Munilla, por dos años (6-07-2004).

De San Miguel Arcángel de Las Rozas: D. Juan Ignacio Sánchez Gurucharri, por dos años (6-07-2004).

De Santa María de Majadahonda: D. Ricardo Spuch Redondo, por dos años (6-07-2004).

De Virgen del Refugio y Santa Lucía: D. Andrés Alberto Fernández López Peláez, por dos años (6-07-2004).

De San Miguel de Fuencarral: D. Arturo Portabales González Chore, por dos años (6-07-2004).

De Santa Teresa Benedicta de la Cruz: D. Fulgencio Espa Fleced, por dos años (6-07-2004).

De Cristo en la Paz: P. Felipe Lombrana Ruiz, O.F.M (13-07-2004).

ADSCRITOS:

De Santa María de Caná de Pozuelo: D. Nicolás Álvarez de las Asturias Bohorquez (6-07-2004).

De San Juan Crisóstomo: D. Jaime Ballesteros Molero. (6-07-2004).

OTROS OFICIOS:

Capellán del Hospital de la Cruz Roja: D. José Manuel Lanás Coto, (6-07-2004).

SAGRADAS ÓRDENES

- El día 3 de julio de 2004, el Excmo. y Rvdmo. Sr. D. Fidel Herráez Vegas, Obispo Auxiliar de Madrid, con licencia del Emmo. y Rvdmo. Sr. Cardenal Arzobispo, confirió, en la Capilla del Colegio de San Agustín, de Madrid, el Sagrado Orden del Presbiterado a los Rvdos.:

P. Francisco Javier Carreras de Bergareche, O.S.A.,

P. David Díez Ibáñez, O.S.A.,

P. Carlos Hurtado de Mendoza y Domínguez, O.S.A.,

P. Luis Ángel Rodríguez Suárez, O.S.A.,

P. Pablo Manuel Rojas Silva, O.S.A.,

P. Gonzalo Serra Fernández, O.S.A.,

y el Sagrado Orden del Diaconado a:

Fray José Luis Eugercios Arriero, O.S.A.,

Fray Iván Pichel Macho, O.S.A.,

Fray Carlos Alberto Flores Haylock, O.S.A.,

Fray Marcelino del Otero Fraile, O.S.A.,

Fray Javier Pérez Barba, O.S.A. y

Fray Iván David Pérez Martín, O.S.A.

- El día 3 de julio de 2004, el Excmo. y Rvdmo. Sr. D. Eugenio Romero Pose, Obispo Auxiliar de Madrid, con licencia del Emmo. y Rvdmo. Sr. Cardenal Arzobispo, confirió, en la Parroquia de San Leandro, de Madrid, el Sagrado Orden del Presbiterado al **Rvdo. P. Diego Sáez Martín, O.M.I.**

DEFUNCIONES

- El día 3 de julio, D^a. ISABEL GONZÁLEZ, madre de D. Javier Parra, sacristán de la Parroquia de Santa María la Real de la Almudena, de Madrid.

- El día 12 de julio, el Rvdo Sr. D. ROMÁN ERROZ GOÑI, sacerdote diocesano de Madrid. Nació en Pamplona (Navarra), el 28-02-1937. Ordenado en Madrid (27-05-1961). Fue Ecónomo de Mangirón y Encargado de Cincovillas (18-8-61 a 14-3-63), Coadjutor de San Blas (14-3-63 a 12-4-65), Capellán del Sanatorio de la Paz (12-4-65 a 18-12-65), Coadjutor de Santa María Micaela del Santísimo Sacramento (18-2-66 a 26-3-75), Coadjutor de Espíritu Santo (26-3-75 a 23-9-80), Ecónomo de San Cristóbal, de Ciudad Pegaso (23-9-80 a 24-12-80), Párroco de Santa María del Hogar (5-3-81 a 26-9-88), Profesor de Religión del Instituto de Colmenar Viejo (26-9-88 a 1-1-95), Coadjutor de Bautismo del Señor (10-10-88 a 18-9-92), Profesor en el Instituto “Benito Pérez Galdós” (1-1-95 a 10-12-96). Estaba jubilado desde 10-10-96.

- El día 12 de julio, el Rvdo. Sr. D. JOSÉ MASA MARIJUAN, sacerdote diocesano de Madrid. Nació en Cogollos (Burgos), el 18-03-1937. Ordenado en Burgos, el 22-9-1960. Incardinado en Madrid, el 24-10-78. Fue Ecónomo de Ntra. Sra. del Puig (26-2-71 a 26-5-76), Ecónomo de San Romualdo, desde el 26-5-76, Arcipreste de Espíritu Santo (13-6-85 a 15-9-89). Estaba jubilado.

- El día 16 de julio de 2004: Dña. ADELA RUAS AMORÓS, madre de D. José Ramón Vindel Ruas, Director del Centro de Cultura Teológica, a los 86 años.

- El día 5 de agosto de 2004, D. JUAN SABE SALINAS, padre del sacerdote Rvdo. D. Pedro Sabe Andreu, Vicario Parroquial de Santa Elena y Santa Bárbara.

- El día 11 de agosto, el Rvdo. Sr. D. PERPETUO ANTÓN MARTÍN, sacerdote diocesano de Madrid. Nació en Sigüenza (Guadalajara), el 7-03-1922. Ordenado en Badajoz (21-05-1950). Fue religioso claretiano. Está en la diócesis desde el año 1962. Incardinado en Madrid el 9-01-89. Fue Coadjutor de Villa del Prado (6-6-69 a 20-10-69). Ecónomo de Mangiron y Encargado de Cinco Villas (20-10-69 a 1-3-79). Coadjutor de Villa del Prado (7-2-79 a 1-7-81). Ecónomo de Casarrubuelos (1-7-81 a 1-1-90). Capellán 2º de la Orden de Franciscanas Clarisas (Cubas) (1-1-90).

Que así como han compartido ya la muerte de Jesucristo, compartan también con Él la Gloria de la resurrección.

ACTIVIDADES DEL SR. CARDENAL JULIO-AGOSTO 2004

Mes de Julio:

Días 1-3: Viaje a Roma. Reunión en el Supremo Tribunal de la Signatura Apostólica.

Día 4: Eucaristía y entrega de distinción pontificia al párroco de Buitrago de Lozoya.

Día 5: Conferencia inauguración del curso de verano sobre «Relaciones Iglesia-Estado», en Aranjuez.

En el Seminario, condecoración a José María Álvarez del Manzano.

Día 6: Consejo Episcopal.

Reunión del Museo Cerralbo.

Eucaristía en el Seminario diocesano de fin de curso con la Vicaría de Actos Públicos.

Día 8: Reunión del Patronato de la UPSA en Añastro.

Día 11: Vísperas y Misa en las Carmelitas de Príncipe de Vergara (Novena Virgen del Carmen).

Día 12: Misa con el personal de Alfa y Omega.

Día 13: Consejo Episcopal en Ávila.

Día 14: Encuentro-comida con empresarios, organizada por AEDOS.

Misa en la Iglesia del Espíritu Santo.

Día 15: Comité Ejecutivo de la CEE.

Día 16: Visita a la Capilla del Obispo (Plaza de la Paja).

Misa y procesión en la parroquia de San Ramón Nonato, en la fiesta de la Virgen del Carmen.

Día 17: Toma de posesión/consagración del obispo de Osma-Soria.

Día 18: Misa en la Catedral con motivo de la fiesta de Santiago en Madrid. Eucaristía de toma de posesión del Arzobispo de Barcelona.

Días 19-22: Viaje del Consejo Episcopal.

Día 23: Misa en Galapagar con las religiosas Hijas del Sagrado Corazón de Jesús.

Día 24: Viaje a Santiago de Compostela. Celebración de la Novena del Apóstol.

Día 25: Misa del Apóstol Santiago en la Catedral de Santiago de Compostela.

Día 30: Clausura del curso de verano en El Escorial.

Mes de Agosto:

Días 1-8: Peregrinación diocesana de jóvenes a Santiago de Compostela.

Días 5-8: Encuentro Europeo de jóvenes en Santiago de Compostela.

Días 14-15: Viaje a Lourdes.

DELEGACIÓN PARA LA CAUSA DE LOS SANTOS

CAUSA DE CANONIZACIÓN

ANTONIO MARÍA ROUCO VARELA
CARDENAL ARZOBISPO DE MADRID

El Rvdo. Padre Fray Mariano Palacios González, Postulador legítimamente constituido en la Causa de Canonización de Fray José Antón Gómez y III Compañeros, (Fray Antonio Pablos Villanueva, Fray Rafael Alcocer Martínez y Fray Luis Vidaurrázaga González, mártires, todos ellos Religiosos profesos de la Orden de San Benito, pertenecientes al Monasterio de Silos, residentes en el Priorato de Nuestra Señora de Montserrat de Madrid, me solicita que introduzca la Causa de Canonización de los mencionados Siervos de Dios.

Establecen las *Normae Servandae* de 7 de febrero de 1983, en el artículo 11-B, que debe hacerse pública en la Archidiócesis la petición del Postulador, invitando a todos los fieles que hagan llegar todas aquellas noticias útiles tanto a favor como en contra relativas a dicha Causa.

En consecuencia exhorto a todos los fieles de esta Archidiócesis que, en el plazo de cuarenta días a partir de la publicación de este Decreto, me manifiesten todo aquello que pueda ser útil para que pueda ser incoada esta Causa, así como lo que pueda ser contraria a la introducción de la misma.

Invito también a los fieles que tengan escritos o documentos de los Siervos de Dios, los presenten al Delegado Episcopal para las Causas de los San-

tos, en la Sede del Arzobispado, c/ Bailén núm. 8, en el plazo de tiempo anteriormente indicado.

En Madrid, a diez y ocho de julio de dos mil cuatro.

† Antonio María Rouco Varela
Cardenal-Arzobispo de Madrid

Por mandato de su Emcia. Rvdma.
Alberto Andrés Domínguez



Diócesis de Alcalá de Henares

SR. OBISPO

PEREGRINACIÓN DIOCESANA A SANTIAGO DE COMPOSTELA

(Catedral de Santiago de Compostela, 31 de Julio de 2004)

Lecturas: *Hch* 4, 33; 5,12.27-33; 12,2; *2Co* 4,7-15; *Mt* 20,20-28

1. Agradezco la Invocación del Oferente al Apóstol Santiago y pido al mismo Apóstol que interceda por Vos ante Dios. Saludo cordialmente a todos los presentes: A vosotros, jóvenes, que habéis recorrido una larga etapa caminando, y a los que habéis llegado por otros medios. Hoy, bajo la atenta mirada del Apóstol Santiago, queremos dar gracias a Dios, porque nos ha permitido llevar a cabo la peregrinación de la Diócesis de Alcalá de Henares, y alabarle por las gracias recibidas.

2. Peregrinar es recorrer un camino, hasta llegar a la meta del viaje. Muchos hombres de nuestro tiempo peregrinan por la vida, sin saber cuál es su destino y sin comprender cuál es su origen.

Peregrinar es una invitación a reflexionar sobre las cosas esenciales y primordiales de la vida; es encontrarse con uno mismo; es dirigir la mirada hacia el interior, para hallar las respuestas fundamentales. Peregrinar es desprendernos de nosotros mismos, para llenarnos de Dios; es dejar lo material y abrirnos a lo espiritual; es descubrir la meta de la propia existencia.

Peregrinar a la tumba del Apóstol Santiago es imagen de la vida del hombre, que anhela la paz y la felicidad eternas en el encuentro con Cristo. Hasta que llega el abrazo definitivo con el Señor, el hombre experimenta en su vida la dureza del camino y la incomodidad del exilio. Pero su espiritualidad le mantiene en la esperanza de salir de esta situación y alcanzar la tierra prometida.

3. Los hijos del Zebedeo, que nos presenta el Evangelio, también un día tuvieron que dar respuesta a estas preguntas fundamentales. La respuesta la encontraron cuando conocieron personalmente a Jesús: «Maestro, ¿dónde vives?» (*Jn* 1,38) le preguntaron, y desde aquel primer encuentro ya nunca se separaron de Él, porque descubrieron que sólo Él tiene palabras de vida eterna (cf. *Jn* 6,68).

Cada día que pasaron con Cristo, cada palabra que escucharon de sus labios, cada acción realizada por sus manos, se convertía en una revelación del amor de Dios, en una Alianza Nueva de salvación y plenitud para con todos los hombres.

Este encuentro les transformó completamente y Jesús se convirtió para ellos, desde entonces, en el sentido pleno y total de sus vidas, hasta el punto de poder beber el Cáliz que Él mismo tenía que beber.

4. Jesucristo sigue saliendo hoy al paso de cada ser humano. Viene a nuestro encuentro, para ayudarnos a descubrir el sentido pleno de la vida. Su personalidad arrolladora de Hijo de Dios se nos sigue presentando en cada Eucaristía, en cada Palabra del Evangelio, en cada encuentro con los hermanos, en cada momento de oración interior. Cristo sale hoy a nuestro encuentro y nos dice como a Santiago y Juan: «Venid y lo veréis» (*Jn* 1,39).

Si de verdad queremos encontrar las respuestas existenciales de la vida no hemos de tener miedo de seguir a Jesús; más bien podemos contemplar, día tras día, su rostro y descubrir la grandeza del amor de Dios, que da sentido a nuestra vida.

Jesús se convierte así en el único camino, porque es el único que es capaz de devolver la grandeza originaria de la creación del hombre. Sólo en el encuentro personal con Cristo podemos alcanzar la plenitud de vida, que proviene del Padre en el Espíritu.

Necesitamos conocer a Cristo, experimentar su amor, descubrirlo como el fin y el sentido de nuestra vida. Así lo hicieron los hijos del Zebedeo; así lo hizo el Apóstol Santiago, después de encontrarse con Jesús.

5. El libro de los Hechos, que hemos leído, nos ha recordado: «En aquellos días, los apóstoles daban testimonio de la resurrección del Señor Jesús con mucho valor y hacían muchos signos y prodigios en medio del pueblo» (*Hch* 4,33). La consecuencia de un verdadero encuentro con Cristo es necesariamente el testimonio de su amor a los demás. Ser peregrino es, por tanto, ser testigo del amor de Cristo; anunciar su nombre a quienes nos encontramos en el camino de nuestra vida.

Los apóstoles, tras el encuentro con el Señor, no podían callar la grandeza y la felicidad, que llenaba su alma, al haber tenido experiencia de Dios. Su vivencia profunda nacía del corazón y no podían acallarla. Quien se ha encontrado de verdad con el Señor, necesariamente lo comunica y lo muestra a los demás.

Estimados peregrinos, queridos Hijos de Alcalá, muy queridos jóvenes, ¡anunciad a todos los hombres, con quienes os encontréis, la maravilla de la fe y del amor a Jesucristo! ¡Testimoniad con vuestra vida y comportamiento que seguir a Jesús merece la pena! ¡Que vuestro corazón, enamorado del amor de Dios, comunique al mundo entero la verdadera y auténtica felicidad de este amor!

6. Ser peregrino, dando testimonio del amor de Cristo, se convierte en una exigencia, sobre todo cuando vemos la necesidad de salvación de este mundo. La fractura interior del hombre moderno y de nuestra sociedad nos hacen percibir, con mayor urgencia, la necesidad que tienen tantos hermanos nuestros de esta experiencia del encuentro con el amor de Dios, en Cristo Jesús.

La pérdida del sentido de Dios, en tantos contemporáneos nuestros, ha significado también la pérdida del sentido más elemental y genuino de la propia identidad del ser humano. Desdibujando y borrando a Dios de la conciencia del hombre, necesariamente se va también desdibujando y borrando, en el mismo hombre, los valores y principios que lo hacen ser verdaderamente persona.

7. Cuando vemos tantos niños asesinados por sus madres en su mismo seno; cuando vemos la gran cantidad de matrimonios rotos y fracasados en el proyecto de un amor verdadero; cuando contemplamos tantos hijos privados del elemental derecho de un padre y una madre, que les amen en un amor generoso, complementario y equilibrado; cuando vemos que el núcleo social familiar de la unión natural del hombre y la mujer es equiparado a otras formas de uniones de hecho, que por conocidas y públicas pretenden hacerse naturales; cuando vemos

tanta violencia en el interior de los hogares, que deberían ser remansos de paz y de concordia. Cuando contemplamos todo eso, no podemos permanecer indiferentes. El cristiano vive la certeza y la grandeza de lo que significa para la vida la realidad del amor de Dios. Sólo la experiencia del amor de Dios en Cristo Jesús, transforma y construye a la persona humana; sólo desde esa experiencia el otro se convierte en verdadero hermano.

8. Queridos jóvenes. Vosotros sois los nuevos testigos del Evangelio, para la sociedad actual. Recibid con entusiasmo y generosidad la fe que vuestros mayores os han transmitido. Sabed que la fuerza de Dios, en vuestros corazones, es más fuerte que vuestra debilidad y mucho más fuerte que el ambiente de increencia que os rodea. No dejéis que nadie pueda apartaros de la verdadera felicidad, de haber conocido y amado a Jesucristo. Sed testigos valientes, como nos decía el Santo Padre en su última visita, de que es posible “demostrar a la moderna sociedad que se puede ser moderno y profundamente fiel a Jesucristo.”

9. ¡Que el Apóstol Santiago interceda por nosotros, para que seamos testigos gozosos del Evangelio! ¡Que la Virgen María, que sostuvo al Apóstol Santiago en su testimonio fiel del Evangelio, nos sostenga en nuestra vida, para dar alegre testimonio cristiano! ¡Que Ella, la Madre de todos los peregrinos que se dirigen a Santiago, nos ayude a encontrar en su Hijo Jesucristo el verdadero y único sentido de la vida, de la historia y de la humanidad, para que alcancemos la felicidad y la plenitud de la vida sobrenatural en Dios! Amén.

LA FUERZA DE UNA PRESENCIA

(Domingo XIV del Tiempo Ordinario,
ciclo C: Lc 10, 1-12.17-20)

(“Alfa y Omega”, 1 Julio 2004)

Hay mucha gente en nuestra sociedad que no encuentra sentido a su vida; que se siente fuera de sí, como impulsada por estímulos externos, que le subyugan; que, sin saberlo, es esclava de sus propios deseos, aunque cree ser muy libre, por hacer lo que le viene en gana; que vive desgarrada interiormente; que le vislumbran y le arrastran los atractivos y las modas del momento; que, en definitiva, no encuentra paz en su corazón.

Cuando Jesús envía a sus discípulos a predicar el Evangelio, les pide que anuncien la paz a los que encuentren. Los evangelizadores anuncian la paz de Dios: Se trata de la paz mesiánica, predicha por los profetas y cumplida de manera plena en Jesús, que es nuestra Paz (cf. *Ef* 2,14). El anuncio de la paz es el preludio de la presencia de Cristo. Deseando la paz los discípulos anuncian que «el Reino de Dios está cerca de vosotros» (*Lc* 10,9) y que el Señor está por llegar. Después de la resurrección, Jesús sigue ofreciendo su paz a los discípulos, cuando se encuentra con ellos.

La presencia de Cristo les proporciona alegría y es portadora de paz. Quien acoge a Jesús goza del bienestar de su presencia y de los frutos que conlleva: es

sanado y perdonado, recobra sus fuerzas, supera el sinsentido de su vida, es reunificado interiormente, queda valorado como persona, encuentra la paz verdadera en su corazón. La presencia de Cristo es sanante y salvadora, para quien le acoge en su corazón.

Pero no todos están dispuestos a recibir al mensajero de la Buena Nueva, ni aquél a quien representa. La advertencia de Jesús a sus discípulos era significativa: «Mirad que os envío como corderos en medio de lobos» (Lc 10,3). Sabía que no siempre serían bien recibidos y por eso les prevé del posible rechazo y de las consecuencias de no aceptar el ofrecimiento. Sin embargo, les ruega que insistan en proclamar el mensaje y que repitan: «Pero sabed, con todo, que el Reino de Dios está cerca» (Lc 10,11). Nadie puede alegar ignorancia, en este asunto tan importante para su vida. Quien rechaza la fuerza salvadora y la verdadera paz de Dios no tiene excusa. El mismo Jesús lloró por Jerusalén, Ciudad de la paz, que había rechazado lo que la llevaba a la verdadera Paz.

La actitud auténtica de los mensajeros es fiarse plenamente de la fuerza del mensaje, sin poner el acento en los instrumentos: «No llevéis bolsa, ni alforja, ni sandalias» (Lc 10,4). Ellos curan, someten demonios, vencen el mal y devuelven la vida, pero el Señor les recuerda que lo más importante no es el éxito humano, sino la participación en el Reino de la paz y el dejarse transformar por la fuerza de la presencia del Señor.

† Jesús Catalá, *Obispo de Alcalá de Henares*.

LAS PREGUNTAS INDISCRETAS

(Domingo XV del Tiempo Ordinario,
ciclo C: Lc 10, 25-37)

(“Alfa y Omega”, 8 Julio 2004)

Un buen día, un legista quiso poner a prueba a Jesús, para saber hasta dónde llegaban sus conocimientos y comprobar la coherencia de la doctrina del Maestro. Para ello le hizo una pregunta: «Maestro, ¿qué he de hacer para tener en herencia vida eterna?» (Lc 10,25). Muy probablemente esta pregunta era formulada de manera teórica y con poco interés personal y vital para el legista. De hecho, cuando Jesús le responde con otra pregunta, su interlocutor demuestra que sabía perfectamente la respuesta a su inicial cuestión.

El Maestro, conocedor de los corazones de los hombres, quiere transportar al legista desde la pregunta teórica a la pregunta existencial y llevarle a lo concreto de la vida: «Bien has respondido. Haz eso y vivirás» (Lc 10,28). Pero su interlocutor continúa insistiendo con *preguntas indiscretas*, para justificarse: «Y ¿quién es mi prójimo?» (Lc 10,29). Indiscreto, etimológicamente, indica falta de discreción, es decir, falta de discernimiento. Ante tan gran Maestro, el legista sólo quiere formular, sin discreción, preguntas cuya respuesta no le interesa.

¡Cuántas veces hemos oído preguntas, llamémoslas *indiscretas*! Muchos bautizados siguen formulando preguntas, sin discreción, con tal de justificar su vida.

No podemos conocer el interior del hombre, pero ciertas preguntas denotan una actitud distante con la persona de Jesús, con el Evangelio, con la Iglesia, con el magisterio, con la jerarquía, con la teología y con otros aspectos de la fe; en definitiva, son también actitudes distantes con el amor a Dios y al prójimo.

Jesús, narrando la parábola del Buen samaritano, quiere poner a su interlocutor en un brete, para situarlo ante la verdad de la vida concreta y hacerle cambiar de actitud. Distintos personajes se acercan al herido del relato y pasan de largo, sin ayudarlo ni hacerle el menor caso; entre ellos hay hombres religiosos, que ponen excusas de oficio, para zafarse de la realidad. A todos nos cuesta salir de nosotros mismos, para encontrarnos con el otro y ayudarlo en su situación concreta. El amor a Dios y al prójimo no se lleva a cabo con preguntas teóricas incesantes, sino con actitudes concretas.

Jesús nos invita, a través del samaritano de la parábola, a acercarnos a todo hombre necesitado, de manera generosa y abierta, sin prejuicios. Y lo mismo que le dijo al legista interrogador, nos dice hoy a cada uno de nosotros: «Vete y haz tú lo mismo» (*Lc 10,37*). A partir de una pregunta teórica sobre la vida eterna, el Maestro nos ha llevado de la mano, para hablarnos del amor al prójimo, que es inseparable del amor a Dios. No se trata sólo de dar algo al necesitado, sino de descubrir su presencia, de contemplarlo como imagen de Cristo y de acogerlo como hermano.

† Jesús Catalá, *Obispo de Alcalá de Henares*.

LA MEJOR PARTE

(Domingo XVI de Tiempo Ordinario,
ciclo C: Lc 10, 38-42)

(“Alfa y Omega”, 15 Julio 2004)

Sucedió hace muchos años en Betania, pueblecito de Palestina en tiempos de Jesús, una sencilla escena familiar, que ha llamado la atención a mucha gente desde entonces. Dos hermanas, María y Marta, hospedan en su casa al Maestro: la primera, «sentada a los pies del Señor, escuchaba su palabra» (Lc 10,39); la segunda, «estaba atareada en muchos quehaceres» (Lc 10,40).

Marta, con cierto tono de reproche, busca el apoyo de Jesús para conseguir que su hermana le eche una mano en el servicio. Pero el Maestro no sólo no le apoya, sino que le reprende cariñosamente y le responde que María ha elegido la mejor parte.

A lo largo de la historia, muchos cristianos han encarnado los papeles de Marta y María. Incluso dentro del corazón de cada cristiano se han debatido ambos personajes. Es el difícil equilibrio entre la contemplación y la acción. El Maestro manifiesta claramente que la escucha de su palabra y la contemplación tienen prioridad.

El Papa Juan Pablo II canonizó en Roma, el día 16 del pasado mayo, a varios santos, proponiéndolos como figuras modernas de santidad. Todos ellos, de muy variada procedencia y vocación, llenaron su vida con la oración y bebieron del manantial de la Eucaristía, para tomar fuerzas y afrontar los retos que la vida les deparaba. Todos ellos supieron *elegir la mejor parte*.

Gianna Beretta (1922-1962), esposa y madre enamorada, aceptó el riesgo de morir para no abortar a la niña que llevaba en su seno y supo dar, cada día, su vida por los demás, siendo mensajera del amor divino; el P. José Manyanet (1833-1901) fue “verdadero apóstol de la familia” y fundador de dos congregaciones religiosas; Luigi Orione (1872-1940) vivía el lema del amor fraterno: “Sólo la caridad salvará al mundo”; Aníbal María de Francia (1851-1927) dedicó toda su existencia al bien espiritual del prójimo, movido por el amor al Señor e invitaba con entusiasmo a enamorarse de Jesucristo; Nimatullah Kassab Al-Hardini (1808-1858), monje libanés de rito maronita, era un hombre de oración, enamorado de la Eucaristía, a la que gustaba adorar durante largo tiempo; Paola Elisabetta Cerioli (1816-1865), viuda y madre de familia, descubrió que los valores de la fe y de la cultura cristiana sostienen la familia.

Todos ellos llenaron su corazón de Dios en el silencio contemplativo y se nutrieron del amor eucarístico. Su vida es una invitación a vivir unidos a Dios por la oración y a acercarnos al sacramento eucarístico. ¡Tal vez dentro de un siglo se diga también de nosotros que, gracias a la oración y a la Eucaristía, nuestra vida fue un derroche de amor a Dios y a los hombres! ¡Ojalá digan de nosotros que supimos elegir la mejor parte!

† Jesús Catalá, *Obispo de Alcalá de Henares*.

DE LA AMBICIÓN AL SERVICIO

(Solemnidad de Santiago Apóstol: Mt 20, 20-28)

(“Alfa y Omega”, 22 julio 2004)

Una interesada madre, con toda su buena intención y buscando siempre el bien de sus hijos, se acercó un día al Maestro, para pedirle que sus hijos tuvieran un cargo importante en el Reino, que Él iba a instaurar (cf. *Mt* 20,20-21). Cualquier madre hubiera hecho lo mismo en su lugar. Tal vez, como insinúa el texto evangélico de hoy, la actitud de la madre era compartida plenamente por sus hijos; en realidad todos ellos querían tener buena parte en ese Reino, que se anunciaba y se avecinaba. La ambición de los Zebedeos, a quienes Jesús puso por sobrenombre “hijos del Trueno” (cf. *Mc* 3,17), no se resistía a dejar pasar por alto esa oportunidad de prestigio y de poder.

Pero la petición de los Zebedeos no era muy congruente con el anuncio de la pasión de Jesús, que momentos antes acababan de oír. El Maestro tiene la gran habilidad de “re-situar” siempre a su interlocutor: sea cual sea su posición intelectual, su moralidad, su opción política o su religiosidad, viene reconducido por Jesús hasta llevarle al punto exacto, desde el cual se plantean objetiva y correctamente las cosas.

El Maestro, centrando de nuevo la conversación sobre el tema de la pasión, les pregunta: «¿Podéis beber el cáliz que yo voy a beber?» (*Mt* 20,22). La conoci-

da respuesta es afirmativa, concisa y contundente, propia de quien está dispuesto a todo, con tal de obtener lo que desea.

A ese diálogo sucede la reacción de envidia y celos de los otros compañeros. Y de nuevo el Maestro “re-sitúa” la conversación y el planteamiento de todos ellos: del afán de dominio y del deseo de poder opresor, propio de los grandes de la tierra, pasa a valorar el servicio desinteresado, propio quienes quieran seguirle: «El que quiera llegar a ser grande entre vosotros, será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros, será vuestro esclavo» (Mt 20,26-27).

El Apóstol Santiago supo pasar de una actitud de gran ambición a un compromiso de servicio generoso, ofreciendo su vida para anunciar el Evangelio. Él fue un verdadero testigo de la Buena Nueva, vivida primero en carne propia y, después, compartida con los demás. Gracias a su predicación las gentes de Hispania han podido saborear también la experiencia de abandonar la propia ambición, para vivir la sencillez del Evangelio.

Es humano buscar situaciones ventajosas de dominio, pero, ante la palabra y el ejemplo del Maestro, esas actitudes se truecan en actitud de servicio: «El Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos» (Mt 20,28). La fiesta del Apóstol Santiago es una ocasión propicia para “re-situar” nuestras posiciones.

† Jesús Catalá, *Obispo de Alcalá de Henares*.

ATESORAR, ¿PARA QUIÉN?

(Domingo XVIII del Tiempo Ordinario,
ciclo C: Lc 12,13-21)

(“Alfa y Omega”, 29 Julio 2004)

En la parábola que el Maestro nos ofrece en el evangelio de hoy, el protagonista es un hombre rico, que obtuvo una abundante cosecha y proyectó ampliar su patrimonio (cf. *Lc* 12,16-18). Ésta parece ser la reacción normal de tantas personas de nuestra sociedad, convencidas de que el destino de sus vidas depende de ellos.

El hombre rico de la parábola, cegado por la ganancia y con el corazón lleno de riqueza, no es capaz de estimar en su justa medida el valor de los bienes materiales. Ha puesto en ellos toda su confianza y su ilusión, pensando que le van a proporcionar su felicidad deseada: no trabajar, descansar, comer y beber (cf. *Lc* 12,19). ¡Qué poco pide este hombre a la vida, cuando ésta puede ofrecerle mayores goces, típicamente humanos!

Este hombre tampoco se percata de que esos bienes son caducos y de que él mismo es un ser finito, que tiene que salir de este mundo y dejar aquí todo lo que posee. Este hombre atesora sin sospechar que no lo va a disfrutar; *atesora, ¿para quién?*

Los bienes materiales son necesarios para vivir, pero no pueden satisfacer todas las necesidades del ser humano. Hay muchas dimensiones del hombre que estos bienes no pueden llenar: la necesidad de ser amado; el deseo de ser acogido y valorado como persona; la exigencia de libertad interior; la experiencia de la dimensión espiritual; la actuación de la creatividad; la vivencia de la capacidad estética; y, en definitiva, la realización de los ideales más nobles del ser humano.

El hombre rico, protagonista de nuestra parábola, podría haber utilizado sus bienes para desarrollar sus facultades creativas, para ayudar a otros, para hacer amigos, para llevar a cabo objetivos sociales; podría haberse servido de sus bienes materiales, para obtener los bienes eternos. Pero no supo o no quiso hacerlo. Por todas esas actitudes, el Señor lo trató de “necio”.

Cuando salga desnudo de este mundo para ir a la eternidad, *¿para quién serán los bienes que atesoró?* Hemos visto muchas fortunas, acumuladas durante muchos años, desvanecerse en poco tiempo; hemos podido observar imperios económicos, que apenas han sobrevivido a quienes los crearon. *Atesorar, ¿para quién?*

La respuesta la ofrece el Maestro: «Así será el que atesora riquezas para sí, y no es rico ante Dios» (Lc 12,21). Es necedad pensar que las cosas de este mundo puedan dar la felicidad plena y duradera; pero es verdadera sabiduría utilizar los bienes, para obtener riqueza ante Dios. La gran riqueza de hombre no son los bienes materiales, sino los bienes eternos. Atesorar para la eternidad es la gran ganancia; atesorar ante Dios es el verdadero tesoro.

† Jesús Catalá, Obispo de Alcalá de Henares.

SOLEMNIDAD DE LOS SANTOS NIÑOS
JUSTO Y PASTOR
PATRONOS DE LA DIÓCESIS

(Catedral-Alcalá, 6 Agosto 2004)

Lecturas: *Is* 58,7-10; *1 Co* 2,1-5; *Mt* 5,13-16.

Ser sal de la tierra

1. En el Evangelio, que ha sido hoy proclamado, en esta fiesta de los Santos Niños, Patronos de nuestra Diócesis, el Señor nos ha recordado una realidad: «Vosotros sois la sal de la tierra. Mas si la sal se desvirtúa, ¿con qué se la salará? Ya no sirve para nada más que para ser tirada afuera y pisoteada por los hombres» (*Mt* 5,13).

El cristiano es sal de la tierra por la llamada a la santidad que ha recibido de Dios y por la misión que tiene en el mundo. La afirmación, por parte del mismo Jesús, de que el cristiano es sal de la tierra, el evangelista Mateo la coloca inmediatamente después de las Bienaventuranzas, queriendo expresar que es tarea de toda una vida y objetivo para alcanzar la felicidad. Se trata, pues, de una tarea que abarca todas las dimensiones de la vida y todos los momentos de su existencia.

2. Según la concepción del Antiguo Testamento, la sal hace aceptables a Dios las ofrendas y las convierte en expresión de una alianza perdurable: «Sazona-

rás con sal toda oblación que ofrezcas; en ninguna de tus oblações permitirás que falte nunca la sal de la alianza de tu Dios; en todas tus ofrendas ofrecerás sal» (Lv 2,13).

Jesús es la encarnación de la alianza; en Él están unidos indisolublemente las dos naturalezas, divina y humana; y lo que ocurre de manera fontal en Jesús, ocurre de manera derivada en sus discípulos, si éstos permanecen fieles a Él; entonces, también ellos se convierten en instrumento de la comunión definitiva entre Dios y los hombres.

El discípulo de Cristo está en el mundo como sal de la alianza; su presencia transforma el mundo de profano y alejado de Dios, en mundo sacro y perteneciente a Dios. De este modo, constituye el sello de aquella alianza eterna, que Dios ha querido constituir con la humanidad.

3. Ser sal de la tierra no es una mera posibilidad para el cristiano, estimados hermanos, sino una realidad constitutiva: no depende del cristiano elegir ser sal o no, sino que lo es en virtud de la fe bautismal, que ha recibido.

Nuestra sociedad está necesitada de “sal”, es decir, del sabor cristiano del Evangelio. La sal es necesaria para el alimento del hombre (cf. *Eclo* 39,26). El cristiano es considerado por Jesucristo “sal de la tierra” y, por tanto, necesario para la vida de la humanidad.

Los cristianos, siendo también ellos como los demás hombres, frágiles, pecadores, limitados y mortales, son al mismo tiempo necesarios y capaces de dar al mundo una riqueza, que éste necesita. Por eso los cristianos son necesarios para que el mundo quede sazonado y pueda gozar del sabor de la dimensión trascendente.

4. La sal no sirve para sí misma, sino para el alimento que debe ser salado con ella. El cristiano no existe sólo para sí mismo, sino para un mundo, que él debe santificar, consagrar y llevar hacia Dios. Por ello, la existencia de los cristianos es necesaria para el mundo, para que éste asuma la dirección hacia la comunión con Dios, que es su fin último.

Descuidar esta vocación sería para el cristiano deserción de su misión y pérdida de su virtualidad de dar sabor a este mundo. El cristiano que no está en el

mundo como testigo del amor de Dios y de su santidad, ha perdido su valencia positiva y ha quedado desvirtuado, en aquello que sería su mejor aportación.

5. Los Santos Justo y Pastor, siendo unos niños, fueron capaces, sin embargo, de cumplir con su misión de ser “sal de la tierra”. Supieron ofrecer su testimonio y sus vidas para sazonar la mentalidad pagana de aquella época, para dar sabor de transcendencia a una forma de vida alejada del Dios vivo, para purificar una forma de religiosidad.

La sal posee una significación sacrificial: debe deshacerse y diluirse para poder salar; sólo desapareciendo y muriendo es como realiza su virtualidad. Esta dimensión de sacrificio es mejor comprendida cuando la referimos a Cristo. El hombre, sacrificándose, es decir, ofreciéndose y dándose se hace agradable a Dios y encuentra el sentido de Dios y el gusto por Él, esto es, al gusto por la Verdad.

Al igual que los Santos Niños, que derramaron su sangre como testimonio de la fe, se nos invita hoy a ofrecernos a Dios y a los hermanos, a deshacernos por ellos, para que alcancen el sabor de lo verdadero, noble y justo (cf. *Flp* 4,8).

6. Estimados alcalaínos, estamos llamados a dar testimonio de nuestra fe, como lo hicieron nuestros Santos Patronos; llamados a purificar muchos aspectos de la religiosidad de nuestros contemporáneos, que se acercan a la Iglesia para realizar unos simples ritos; llamados a clarificar algunas actitudes de quienes acuden a recibir los sacramentos, sin intención de vivirlos; llamados a deshacerse, como la sal, para aportar un sabor transcendente, en esta sociedad paganizada y alejada cada vez más de Dios; llamados a dar nuestra vida, por la evangelización de nuestras gentes y por propagación del Reino de Cristo.

El evangelio de hoy nos recuerda la grandeza del cristiano y, al mismo tiempo, la importancia de su responsabilidad. Tradicionalmente la sal ha sido considerada como símbolo de la sabiduría. El cristiano es portador de una “sabiduría” de la cual los hombres tienen necesidad; se trata de una sabiduría, que enriquece el significado de las cosas y descubre la relación entre Dios y el mundo. Esta sabiduría implica saber gustar las cosas y valorarlas en su justo precio, desde Dios, sabiendo apreciar la verdad.

El cristiano está llamado a aportar sabor a la vida y sentido a la historia; el cristiano ofrece la sal, que preserva de la corrupción y garantiza la renovación de la vida del hombre en Cristo.

7. La sal no debe perder su sabor, pues «ya no sirve para nada más que para ser tirada afuera y pisoteada por los hombres» (Mt 5,13). En estas palabras se entrevé la dolorosa historia de quien ha perdido el sabor de la fe y de la gracia, viviendo una existencia errante y sin sentido.

Mantener el “sabor” es permanecer fieles a la divina revelación, a la tradición viva de la Iglesia, al magisterio, a la praxis sacramental y a la disciplina pastoral. ¡Cuántos cristianos han perdido su “sabor”, por haber renunciado a los contenidos de la fe y haber aceptado teorías extrañas a ella! Los Santos Niños permanecieron fieles a la fe de la Iglesia, y por ello alcanzaron la plenitud de la vida. Ciertas doctrinas y modas actuales de nuestra sociedad no son compatibles con el Evangelio. Querer compatibilizarlas implica perder el sabor de lo cristiano.

8. La misma Iglesia es también sazonada por la sal del Evangelio, pero si deja de ser lo que ella es, está perdida y sin esperanza. Cada comunidad cristiana tiene la misión de mantener el sabor de lo genuinamente evangélico y de procurar la renovación de sus miembros.

Por eso, cada miembro de la comunidad ha de comportarse como un pequeño granito de sal, que contribuye, con su colaboración y testimonio a mantener fresca la vivencia de la fe. Esta es tarea de todos: sacerdotes, catequistas, misioneros, jóvenes, adultos, niños, ancianos y enfermos.

Es necesario custodiar la auténtica doctrina y preservarla de la corrupción. La verdadera novedad está en Cristo y en el credo apostólico de la fe. No se puede revestir la bimilenaria Iglesia de Dios con las modas del día; no se pueden rebajar las exigencias de la fe, porque sería hacerla insípida.

9. La iglesia de Alcalá tiene el honor de celebrar, dentro de poco, el mil setecientos Aniversario del martirio de los Santos Niños, Justo y Pastor. Es nuestro deseo iniciar un Año Jubilar con este motivo.

Dado que la fecha más probable del martirio tuvo lugar en el año 306, nos aprestamos a pedir a la Santa Sede que nos conceda ese Año Santo a partir de agosto de 2005, para clausurarlo en agosto de 2006.

Hace ya dos años se publicaron unas catequesis sobre los Santos Niños, para fomentar el conocimiento de su vida y martirio y para favorecer la piedad cristiana.

En este tiempo han sido muchos los niños, que desde diversas parroquias de la Diócesis, se han acercado a la cripta de la Catedral, lugar donde reposan los restos de los Santos Niños, para venerarlos y hacer profesión solemne de su fe. Deseamos que esta Cripta sea un lugar de peregrinación permanente.

Invitamos a todos los fieles a prepararse para este gran acontecimiento, con la oración, la formación cristiana y la caridad fraterna, para que el Señor nos conceda abundantes gracias. Amén.

VICARÍA GENERAL

ACTIVIDADES DIOCESANAS

CRÓNICA DE LA PEREGRINACIÓN DIOCESANA A SANTIAGO DE COMPOSTELA

Camino de Santiago. Jóvenes de la Diócesis.

20 al 31 de Julio de 2004

El Camino de Santiago es siempre un tiempo de gracia, de oración y de encuentro con el Señor, especialmente en los Años Santos Jubilares, donde la puerta del perdón se derrumba para dar paso a la misericordia divina. Los jóvenes de nuestra diócesis así lo hemos experimentado este verano. El 20 de julio partíamos para Ponferrada tras celebrar la Misa del envío del peregrino en nuestra catedral, presidida por D. Jesús. Doscientos kilómetros nos separaban del abrazo al Santo. Las primeras etapas fueron duras, pero las rozaduras, las ampollas, el cansancio no fueron tan fuertes como para vencer nuestra alegría que cada día renovábamos en la Eucaristía, que celebrábamos en las distintas poblaciones en las que hacíamos escala. Se creó entre nosotros un clima eclesial, diocesano, y las catequesis diarias también nos ayudaron a ello. También pedimos perdón al Señor de nuestras faltas a través del sacramento de la reconciliación y de los sacerdotes. Los pabellones donde nos alojamos, casi siempre en lo alto del pueblo, pasaron a ser nuestra “gran casa” donde todo se ponía en común (hasta los ronquidos de algunos).

Después de diez días peregrinando llegamos al Monte del Gozo, donde nos agrupamos para entrar juntos en la ciudad compostelana. Entramos en silencio por

la puesta jubilar y abrazamos a Santiago Apóstol. Al día siguiente, a las diez de la mañana y unidos a nuestro obispo y a la peregrinación de adultos que llegaron el día anterior, celebramos la Misa del peregrino en la catedral. D, Jesús, en la homilía, nos recordó el signo que este peregrinar tiene en relación a nuestra vida. Cuando el botafumeiro comenzó a elevarse después de la comunión, nuestra acción de gracias diocesana llegó a lo más alto, subiendo nuestra oración como incienso en presencia del Señor, como nos dice el salmo.

Después de pasar la mañana por Santiago regresamos en autobús a Alcalá, donde nuestros familiares nos aguardaban con alegría.

**PEREGRINACIÓN DIOCESANA A FÁTIMA
Y SANTIAGO DE COMPOSTELA**
28 de Julio a 1 de Agosto de 2004

Los días 28 de julio al 1 de agosto se ha celebrado la Peregrinación Diocesana a Fátima y Santiago de Compostela, presidida por S.E.R. Jesús Catalá Ibáñez, Obispo de la Diócesis.

Ya el número de personas, casi doscientas, que participaron en la misma es un indicador interesante para detectar el interés y la ilusión de los fieles de la Diócesis por peregrinar al sepulcro del Apóstol presididos por su Pastor.

La peregrinación comenzó con la Santa Misa, presidida por el Obispo, en la Catedral Complutense, en la que D. Jesús motivó a que no fuese un viaje más. El silencio, la oración y la escucha, en un ambiente de convivencia fraternal, ha de ser lo que defina una peregrinación de este calibre.

El viaje, pasando por Cáceres, nos condujo directamente a Fátima, donde ya el mismo día 28 pudimos acudir al Santuario de la Virgen del Rosario de Fátima, poniendo a los pies de la Señora los afanes y las ilusiones del mismo.

El día 29 por la mañana nos desplazamos a Lisboa, donde, desde una perspectiva cultural y religiosa, visitamos el Barrio de Belén, y el magnífico monasterio de los Jerónimos. Tras el almuerzo, de nuevo en Fátima, acudimos a *El Cabezo* -lugar donde acontecieron las apariciones del Ángel a los pastores-, visitando las

casas de Lucía, Jacinta y Francisco. Después, nuestro Obispo presidió la Eucaristía para todos los peregrinos en lengua castellana. Después de cenar, celebramos la procesión de las antorchas, que, por ser jueves, tuvo un eminente carácter eucarístico. El viernes, día 30, marchamos desde Fátima hacia Santiago, pasando por Tui, donde celebramos la Santa Misa en la Catedral.

El sábado 31 fue el gran día festivo jubilar. Un buen grupo de los peregrinos, con el Obispo al frente, entraron caminando desde el Monte del Gozo a la ciudad de Santiago, donde en la Catedral, esperaban el resto de los peregrinos y los jóvenes que habían realizado el camino a pie. A las diez de la mañana, el Obispo de la Diócesis presidió la Eucaristía del Peregrino, centro de toda la experiencia jubilar y de nuestra peregrinación. Más de veinte sacerdotes y diáconos de nuestra diócesis concelebraron con el Obispo en la Eucaristía, en la que participaron más de seiscientos peregrinos de esta Iglesia local. El día acabó con una excursión por la Rías Bajas.

El domingo 1 de agosto, tras la celebración de la Eucaristía en la misma Catedral de Santiago, fuimos volviendo hacia Alcalá, desde donde partimos, con el ánimo renovado y llenos de la gracia Jubilar que el Señor ha tenido a bien concedernos por medio del Apóstol Santiago.

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

DEFUNCIONES

- El día 15 de agosto de 2004, falleció en Villamarchante (Valencia), Dña MARÍA TERESA IBÁÑEZ COLL, madre del Excmo. y Rvdmo. D. Jesús Catalá Ibáñez, Obispo de la Diócesis de Alcalá de Henares. El martes, día 17, recibió sepultura en Villamarchante (Valencia), pueblo natal de nuestro Obispo Complutense. Descanse en Paz.

- En el Monasterio de MM. Clarisas de Nuestra Señora de la Esperanza, en Alcalá de Henares, el día 27 de agosto de 2004, a los 83 años, falleció Sor MARGARITA MARTÍNEZ GARCÍA. Nació en León. Cumplió 56 años de vida consagrada. Alma comprensiva, bondadosa caritativa y humilde. Descanse en paz.

- El día 29 de agosto, falleció Dña. Dorotea Alonso, madre del sacerdote D. ABILIO DEL CASTILLO ALONSO, Párroco de Ntra. Sra. de la Concepción, de Morata de Tajuña. Descanse en Paz.

Que así como han compartido ya la muerte de Jesucristo, compartan también con Él la Gloria de la resurrección.

ACTIVIDADES DEL SR. OBISPO JULIO-AGOSTO 2004

Mes de Julio:

Día 1. Despacha asuntos de la Curia diocesana.

Día 2. Audiencias.

Celebra la eucaristía en la Comunidad del Instituto secular “Cruzada Evangélica” (Coslada).

Día 3. *XXVIII Aniversario de la ordenación sacerdotal del Obispo y V Aniversario de la toma de posesión como obispo de Alcalá.*

Audiencias.

Día 5. Por la mañana, despacha asuntos de la Curia diocesana.

Por la tarde, dicta una conferencia en la Asamblea anual de la “Acción Social Empresarial” (El Plantío-Madrid).

Día 6. Audiencias.

Día 7. Reunión de la Comisión episcopal de Enseñanza y Catequesis. (Torrelodones- Madrid).

Día 8. Despacha asuntos de la Curia diocesana.

Día 9. Audiencias.

Día 12. Despacha asuntos de la Curia diocesana.

Día 13. Reunión con los miembros de la Vicaría Judicial de Alcalá (Madrid).
Visita un sacerdote enfermo (Madrid).

Día 14. Audiencias y asiste a la Reunión de Obispos y Empresarios (Madrid).

Día 15. Despacha asuntos de la Curia diocesana.

Día 16. Por la mañana, audiencias.

Por la noche, reunión con un grupo de matrimonios (Torres de Alameda).

Día 17. Asiste a la consagración episcopal de Mons. Vicente Jiménez, nuevo obispo de Osma-Soria.

Días 18-19. Asiste a la toma de posesión del nuevo Arzobispo de Barcelona, Mons. Luis Sistach.

Día 20. Preside la Eucaristía con motivo del inicio de la Peregrinación de jóvenes a Santiago de Compostela (Catedral) y despacha asuntos de la Curia diocesana.

Día 21. Visita al taller del Maestro vidriero, Sr.D. Javier Lozano, para las vidrieras de la Catedral (Zamora).

Día 22. Despacha asuntos de la Curia diocesana.

Día 23. Audiencias.

Día 24. Despacha asuntos de la Curia diocesana.

Día 26. Por la mañana, audiencias.

Por la tarde, reunión en la Consejería de Cultura de la Comunidad Autónoma (Madrid).

Día 27. Audiencias.

Día 28. Preside la Misa en la Catedral, como inicio de la Peregrinación diocesana del grupo de adultos a Santiago de Compostela.

Día 29. Preside la Eucaristía y participa en el Rosario y procesión en el Santuario de Fátima (Portugal).

Día 30. Celebra la Eucaristía en la catedral de Tuy.

Día 31. Preside la Eucaristía con motivo de la Peregrinación Diocesana (Catedral de Santiago).

Mes de Agosto:

Día 1. Preside la Eucaristía con motivo de la Peregrinación diocesana (Catedral de Santiago de Compostela).

Días 2-3. Audiencias.

Día 4. Despacha asuntos de la Curia diocesana.

Día 5. Audiencias.

Día 6. Preside la Eucaristía y la Procesión, con motivo de la solemnidad de los Santos Niños, Justo y Pastor, Patronos de la Diócesis.

Día 15. Fallecimiento de D^a Teresa Ibáñez Coll, madre del Sr. Obispo.

Día 17. Preside el Funeral “corpore insepulto” de su madre (Villamarchante-Valencia).

Días 29-30. Preside las celebraciones de las Fiestas patronales (Villamarchante).



Diócesis de Getafe

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

NOMBRAMIENTOS

Vicario Parroquial

Ramón Santiago Rodríguez de Mesa, de la Parroquia San Saturnino de Alcorcón, el 1 de julio de 2004.

Alejandro Palma San Pedro, de la Parroquia Nuestra Señora de Fátima de Fuenlabrada, el 1 de julio de 2004.



**MENSAJE PARA LA
XX JORNADA MUNDIAL DE LA JUVENTUD
(COLONIA, AGOSTO 2005)**

«Hemos venido a adorarlo» (Mt 2,2)

Queridísimos jóvenes:

1. Este año hemos celebrado la XIX Jornada Mundial de la Juventud meditando sobre el deseo expresado por algunos griegos que con motivo de la Pascua llegaron a Jerusalén: «Queremos ver a Jesús» (Jn 12,21). Y ahora nos encontramos en camino hacia Colonia, donde en agosto de 2005 tendrá lugar la XX Jornada Mundial de la Juventud.

«Hemos venido a adorarlo» (Mt 2,2): este es el tema del próximo encuentro mundial juvenil. Es un tema que permite a los jóvenes de cada continente recorrer idealmente el itinerario de los Reyes Magos, cuyas reliquias se veneran según una pía tradición precisamente en aquella ciudad, y encontrar, como ellos, al Mesías de todas las naciones.

En verdad, la luz de Cristo ya iluminaba la inteligencia y el corazón de los Reyes Magos. «Se pusieron en camino» (Mt 2,9), cuenta el evangelista, lanzándose con coraje por caminos desconocidos y emprendiendo un largo viaje nada fácil. No dudaron en dejar todo para seguir la estrella que habían visto salir en el Oriente (cfr.

Mt 2,2). Imitando a los Reyes Magos, también vosotros, queridos jóvenes, os disponéis a emprender un «viaje» desde todas las partes del globo hacia Colonia. Es importante que os preocupéis no sólo de la organización práctica de la Jornada Mundial de la Juventud, sino que cuidéis en primer lugar la preparación espiritual en una atmósfera de fe y de escucha de la Palabra de Dios.

2. «Y la estrella ... iba delante de ellos, hasta que llegó y se detuvo encima del lugar donde estaba el niño» (Mt 2,9). Los Reyes Magos llegaron a Belén porque se dejaron guiar dócilmente por la estrella. Más aún, «al ver la estrella se llenaron de inmensa alegría» (Mt 2,10). Es importante, queridos amigos, aprender a escrutar los signos con los que Dios nos llama y nos guía. Cuando se es consciente de ser guiado por Él, el corazón experimenta una auténtica y profunda alegría acompañada de un vivo deseo de encontrarlo y de un esfuerzo perseverante de seguirlo dócilmente.

«Entraron en la casa, vieron al niño con María su madre» (Mt 2,11). Nada de extraordinario a simple vista. Sin embargo, aquel Niño es diferente a los demás: es el Hijo primogénito de Dios que se despojó de su gloria (cfr. Fil 2,7) y vino a la tierra para morir en la Cruz. Descendió entre nosotros y se hizo pobre para revelarnos la gloria divina que contemplaremos plenamente en el Cielo, nuestra patria celestial.

¿Quién podría haber inventado un signo de amor más grande? Permanecemos extasiados ante el misterio de un Dios que se humilla para asumir nuestra condición humana hasta inmolarse por nosotros en la cruz (cfr. Fil 2,6-8). En su pobreza, vino para ofrecer la salvación a los pecadores. Aquel que - como nos recuerda san Pablo - «siendo rico, se hizo pobre por amor nuestro, para que vosotros fueseis ricos por su pobreza» (2Cor 8,9). ¿Cómo no dar gracias a Dios por tanta bondad condescendiente?

3. Los Reyes Magos encontraron a Jesús en «Bêt-lehem», que significa «casa del pan». En la humilde cueva de Belén yace, sobre un poco de paja, el «grano de trigo» que muriendo dará «mucho fruto» (cfr. Jn 12,24). Para hablar de sí mismo y de su misión salvífica, Jesús, en el curso de su vida pública, recurrirá a la imagen del pan. Dirá: «Yo soy el pan de vida», «Yo soy el pan que bajó del cielo», «El pan que yo le daré es mi carne, vida del mundo» (Jn 6,35.41.51).

Recorriendo con fe el itinerario del Redentor desde la pobreza del Pesebre hasta el abandono de la Cruz, comprendemos mejor el misterio de su amor que

redime a la humanidad. El Niño, colocado suavemente en el pesebre por María, es el Hombre-Dios que veremos clavado en la Cruz. El mismo Redentor está presente en el sacramento de la Eucaristía. En el establo de Belén se dejó adorar, bajo la pobre apariencia de un neonato, por María, José y los pastores; en la Hostia consagrada lo adoramos sacramentalmente presente en cuerpo, sangre, alma y divinidad, y Él se ofrece a nosotros como alimento de vida eterna. La santa Misa se convierte ahora en un verdadero encuentro de amor con Aquel que se nos ha dado enteramente. No dudéis, queridos jóvenes, en responderle cuando os invita «al banquete de bodas del Cordero» (cfr. Ap 19,9). Escuchadlo, preparaos adecuadamente y acercaos al Sacramento del Altar, especialmente en este Año de la Eucaristía (octubre 2004-2005) que he querido declarar para toda la Iglesia.

4. «Y postrándose le adoraron» (Mt 2,11). Si en el Niño que María estrecha entre sus brazos los Reyes Magos reconocen y adoran al esperado de las gentes anunciado por los profetas, nosotros podemos adorarlo hoy en la Eucaristía y reconocerlo como nuestro Creador, único Señor y Salvador.

«Abrieron sus cofres y le ofrecieron dones de oro, incienso y mirra» (Mt 2,11). Los dones que los Reyes Magos ofrecen al Mesías simbolizan la verdadera adoración. Por medio del oro subrayan la divinidad real; con el incienso lo reconocen como sacerdote de la nueva Alianza; al ofrecerle la mirra celebran al profeta que derramará la propia sangre para reconciliar la humanidad con el Padre.

Queridos jóvenes, ofreced también vosotros al Señor el oro de vuestra existencia, o sea la libertad de seguirlo por amor respondiendo fielmente a su llamada; elevad hacia Él el incienso de vuestra oración ardiente, para alabanza de su gloria; ofrecedle la mirra, es decir el afecto lleno de gratitud hacia Él, verdadero Hombre, que nos ha amado hasta morir como un malhechor en el Gólgota.

5. ¡Sed adoradores del único y verdadero Dios, reconociéndole el primer puesto en vuestra existencia! La idolatría es una tentación constante del hombre. Desgraciadamente hay gente que busca la solución de los problemas en prácticas religiosas incompatibles con la fe cristiana. Es fuerte el impulso de creer en los falsos mitos del éxito y del poder; es peligroso abrazar conceptos evanescentes de lo sagrado que presentan a Dios bajo la forma de energía cósmica, o de otras maneras no concordes con la doctrina católica.

¡Jóvenes, no creáis en falaces ilusiones y modas efímeras que no pocas veces dejan un trágico vacío espiritual! Rechazad las seducciones del dinero, del consumismo y de la violencia solapada que a veces ejercen los medios de comunicación.

La adoración del Dios verdadero constituye un auténtico acto de resistencia contra toda forma de idolatría. Adorad a Cristo: Él es la Roca sobre la que construir vuestro futuro y un mundo más justo y solidario. Jesús es el Príncipe de la paz, la fuente del perdón y de la reconciliación, que puede hacer hermanos a todos los miembros de la familia humana.

6. «Se retiraron a su país por otro camino» (Mt 2,12). El Evangelio precisa que, después de haber encontrado a Cristo, los Reyes Magos regresaron a su país «por otro camino». Tal cambio de ruta puede simbolizar la conversión a la que están llamados los que encuentran a Jesús para convertirse en los verdaderos adoradores que Él desea (cfr. Jn 4,23-24). Esto conlleva la imitación de su modo de actuar transformándose, como escribe el apóstol Pablo, en una «hostia viva, santa, grata a Dios». Añade después el apóstol de no conformarse a la mentalidad de este siglo, sino de transformarse por la renovación de la mente, «para que sepáis discernir cuál es la voluntad de Dios, buena, grata y perfecta» (cfr. Rom 12,1-2).

Escuchar a Cristo y adorarlo lleva a hacer elecciones valerosas, a tomar decisiones a veces heroicas. Jesús es exigente porque quiere nuestra auténtica felicidad. Llama a algunos a dejar todo para que le sigan en la vida sacerdotal o consagrada. Quien advierte esta invitación no tenga miedo de responderle «sí» y le siga generosamente. Pero más allá de las vocaciones de especial consagración, está la vocación propia de todo bautizado: también es esta una vocación a aquel «alto grado» de la vida cristiana ordinaria que se expresa en la santidad (cfr. *Novo millennio ineunte*, 31). Cuando se encuentra a Jesús y se acoge su Evangelio, la vida cambia y uno es empujado a comunicar a los demás la propia experiencia.

Son tantos nuestros compañeros que todavía no conocen el amor de Dios, o buscan llenarse el corazón con sucedáneos insignificantes. Por lo tanto, es urgente ser testigos del amor contemplado en Cristo. La invitación a participar en la Jornada Mundial de la Juventud es también para vosotros, queridos amigos que no estáis bautizados o que no os identificáis con la Iglesia. ¿No será que también vosotros tenéis sed del Absoluto y estáis en la búsqueda de «algo» que dé significado a vuestra existencia? Dirigíos a Cristo y no seréis defraudados.

7. Queridos jóvenes, la Iglesia necesita auténticos testigos para la nueva evangelización: hombres y mujeres cuya vida haya sido transformada por el encuentro con Jesús; hombres y mujeres capaces de comunicar esta experiencia a los demás. La Iglesia necesita santos. Todos estamos llamados a la santidad, y sólo los santos pueden renovar la humanidad. En este camino de heroísmo evangélico nos han precedido tantos, y es a su intercesión a la que os exhorto recurrir a menudo. Al encontraros en Colonia, aprenderéis a conocer mejor a algunos de ellos, como a san Bonifacio, el apóstol de Alemania, a los Santos de Colonia, en particular a Úrsula, Alberto Magno, Teresa Benedicta de la Cruz (Edith Stein) y al beato Adolfo Kolping. Entre éstos quisiera citar en modo particular a san Alberto y a santa Teresa Benedicta de la Cruz que, con la misma actitud interior de los Reyes Magos, buscaron la verdad apasionadamente. No dudaron en poner sus capacidades intelectuales al servicio de la fe, testimoniando así que la fe y la razón están ligadas y se atraen recíprocamente.

Queridísimos jóvenes encaminados idealmente hacia Colonia, el Papa os acompaña con su oración. Que María, «mujer eucarística» y Madre de la Sabiduría, os ayude en vuestro caminar, ilumine vuestras decisiones y os enseñe a amar lo que es verdadero, bueno y bello. Que Ella os conduzca a su Hijo, el único que puede satisfacer las esperanzas más íntimas de la inteligencia y del corazón del hombre.

¡Con mi bendición!

Desde Castel Gandolfo, 6 de agosto de 2004.

JUAN PABLO II

CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE

SOBRE LA COLABORACIÓN DEL HOMBRE Y LA MUJER EN LA IGLESIA Y EL MUNDO

Carta a los Obispos de la Iglesia Católica
Roma, 31 de julio de 2004

INTRODUCCIÓN

1. Experta en humanidad, la Iglesia ha estado siempre interesada en todo lo que se refiere al hombre y a la mujer. En estos últimos tiempos se ha reflexionado mucho acerca de la dignidad de la mujer, sus derechos y deberes en los diversos sectores de la comunidad civil y eclesial. Habiendo contribuido a la profundización de esta temática fundamental, particularmente con la enseñanza de Juan Pablo II,⁽¹⁾ la Iglesia se siente ahora interpelada por algunas corrientes de pensamiento, cuyas tesis frecuentemente no coinciden con la finalidad genuina de la promoción de la mujer.

(1) Cf Juan Pablo II, Exhort. Apost. post sinodal Familiaris consortio (22 de noviembre de 1981): AAS 74 (1982), 81-191; Carta Apost. Mulieris dignitatem (15 de agosto de 1988): AAS 80 (1988), 1653-1729; Carta a las familias (2 de febrero de 1994): AAS 86 (1994), 868-925; Carta a las mujeres (29 de junio de 1995): AAS 87 (1995), 803-812; Catequesis sobre el amor humano (1979-1984): Enseñanzas II (1979) - VII (1984); Congregación para la Educación Católica, Orientaciones educativas sobre el amor humano. Pautas de educación sexual (1 de noviembre de 1983): Ench. Vat. 9, 420-456; Pontificio Consejo para la Familia, Sexualidad humana: verdad y significado. Orientaciones educativas en familia (8 de diciembre de 1995): Ench. Vat. 14, 2008-2077.

Este documento, después de una breve presentación y valoración crítica de algunas concepciones antropológicas actuales, desea proponer reflexiones inspiradas en los datos doctrinales de la antropología bíblica, que son indispensables para salvaguardar la identidad de la persona humana. Se trata de presupuestos para una recta comprensión de la colaboración activa del hombre y la mujer en la Iglesia y el mundo, en el reconocimiento de su propia diferencia. Las presentes reflexiones se proponen, además, como punto de partida de profundización dentro de la Iglesia, y para instaurar un diálogo con todos los hombres y mujeres de buena voluntad, en la búsqueda sincera de la verdad y el compromiso común de desarrollar relaciones siempre más auténticas.

I. EL PROBLEMA

2. En los últimos años se han delineado nuevas tendencias para afrontar la cuestión femenina. Una primera tendencia subraya fuertemente la condición de subordinación de la mujer a fin de suscitar una actitud de contestación. La mujer, para ser ella misma, se constituye en antagonista del hombre. A los abusos de poder responde con una estrategia de búsqueda del poder. Este proceso lleva a una rivalidad entre los sexos, en el que la identidad y el rol de uno son asumidos en desventaja del otro, teniendo como consecuencia la introducción en la antropología de una confusión deletérea, que tiene su implicación más inmediata y nefasta en la estructura de la familia.

Una segunda tendencia emerge como consecuencia de la primera. Para evitar cualquier supremacía de uno u otro sexo, se tiende a cancelar las diferencias, consideradas como simple efecto de un condicionamiento histórico-cultural. En esta nivelación, la diferencia corpórea, llamada sexo, se minimiza, mientras la dimensión estrictamente cultural, llamada género, queda subrayada al máximo y considerada primaria. El obscurecerse de la diferencia o dualidad de los sexos produce enormes consecuencias de diverso orden. Esta antropología, que pretendía favorecer perspectivas igualitarias para la mujer, liberándola de todo determinismo biológico, ha inspirado de hecho ideologías que promueven, por ejemplo, el cuestionamiento de la familia a causa de su índole natural bi-parental, esto es, compuesta de padre y madre, la equiparación de la homosexualidad a la heterosexualidad y un modelo nuevo de sexualidad polimorfa.

3. Aunque la raíz inmediata de dicha tendencia se coloca en el contexto de la cuestión femenina, su más profunda motivación debe buscarse en el tentativo de

la persona humana de liberarse de sus condicionamientos biológicos.(2) Según esta perspectiva antropológica, la naturaleza humana no lleva en sí misma características que se impondrían de manera absoluta: toda persona podría o debería configurarse según sus propios deseos, ya que sería libre de toda predeterminación vinculada a su constitución esencial.

Esta perspectiva tiene múltiples consecuencias. Ante todo, se refuerza la idea de que la liberación de la mujer exige una crítica a las Sagradas Escrituras, que transmitirían una concepción patriarcal de Dios, alimentada por una cultura esencialmente machista. En segundo lugar, tal tendencia consideraría sin importancia e irrelevante el hecho de que el Hijo Dios haya asumido la naturaleza humana en su forma masculina.

4. Ante estas corrientes de pensamiento, la Iglesia, iluminada por la fe en Jesucristo, habla en cambio de colaboración activa entre el hombre y la mujer, precisamente en el reconocimiento de la diferencia misma.

Para comprender mejor el fundamento, sentido y consecuencias de esta respuesta, conviene volver, aunque sea brevemente, a las Sagradas Escrituras, -ricas también en sabiduría humana- en las que la misma se ha manifestado progresivamente, gracias a la intervención de Dios en favor de la humanidad.(3)

II. LOS DATOS FUNDAMENTALES DE LA ANTROPOLOGÍA BÍBLICA

5. Una primera serie de textos bíblicos a examinar está constituida por los primeros tres capítulos del Génesis. Ellos nos colocan «en el contexto de aquel “principio” bíblico según el cual la verdad revelada sobre el hombre como “imagen y semejanza de Dios” constituye la base inmutable de toda la antropología cristiana».(4)

(2) Sobre esta compleja cuestión del género, cf también Pontificio Consejo para la Familia, Familia, matrimonio y «uniones de hecho» (26 de julio de 2000), 8: Suplemento a L'Osservatore Romano (22 de noviembre de 2000), 4.

(3) Cf Juan Pablo II, Carta Enc. Fides et ratio (14 de septiembre de 1998), 21: AAS 91 (1999), 22: «Esta apertura al misterio, que le viene de la Revelación, ha sido al final para él la fuente de un verdadero conocimiento, que ha consentido a su razón entrar en el ámbito de lo infinito, recibiendo así posibilidades de comprensión hasta entonces insospechadas».

(4) Juan Pablo II, Carta Apost. Mulieris dignitatem (15 de agosto de 1988), 6: AAS 80 (1988), 1662; cf S. Ireneo, Adversus haereses, V, 6, 1; V, 16, 2-3: SC 153, 72-81; 216-221; S. Gregorio de Nisa, De hominis opificio, 16: PG 44, 180; In Canticum homilia, 2: PG 44, 805-808; S. Agustín, Enarratio in Psalmum, 4, 8: CCL 38, 17.

En el primer texto (Gn 1,1-2,4), se describe la potencia creadora de la Palabra de Dios, que obra realizando distinciones en el caos primigenio. Aparecen así la luz y las tinieblas, el mar y la tierra firme, el día y la noche, las hierbas y los árboles, los peces y los pájaros, todos «según su especie». Surge un mundo ordenado a partir de diferencias, que, por otro lado, son otras tantas promesas de relaciones. He aquí, pues, bosquejado el cuadro general en el que se coloca la creación de la humanidad. «Y dijo Dios: Hagamos al ser humano a nuestra imagen, como semejanza nuestra... Creó, pues, Dios al ser humano a imagen suya, a imagen de Dios le creó, hombre y mujer los creó» (Gn 1,26-27). La humanidad es descrita aquí como articulada, desde su primer origen, en la relación de lo masculino con lo femenino. Es esta humanidad sexuada la que se declara explícitamente «imagen de Dios».

6. La segunda narración de la creación (Gn 2,4-25) confirma de modo inequívoco la importancia de la diferencia sexual. Una vez plasmado por Dios y situado en el jardín del que recibe la gestión, aquel que es designado -todavía de manera genérica- como Adán experimenta una soledad, que la presencia de los animales no logra llenar. Necesita una ayuda que le sea adecuada. El término designa aquí no un papel de subalterno sino una ayuda vital.⁽⁵⁾ El objetivo es, en efecto, permitir que la vida de Adán no se convierta en un enfrentarse estéril, y al cabo mortal, solamente consigo mismo. Es necesario que entre en relación con otro ser que se halle a su nivel. Solamente la mujer, creada de su misma «carne» y envuelta por su mismo misterio, ofrece a la vida del hombre un porvenir. Esto se verifica a nivel ontológico, en el sentido de que la creación de la mujer por parte de Dios caracteriza a la humanidad como realidad relacional. En este encuentro emerge también la palabra que por primera vez abre la boca del hombre, en una expresión de maravilla: «Esta vez sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne» (Gn 2,23).

En referencia a este texto genesíaco, el Santo Padre ha escrito: «La mujer es otro “yo” en la humanidad común. Desde el principio aparecen [el hombre y la mujer] como “unidad de los dos”, y esto significa la superación de la soledad original, en la que el hombre no encontraba “una ayuda que fuese semejante a él” (Gn 2,20). ¿Se trata aquí solamente de la “ayuda” en orden a la acción, a “someter

(5) La palabra hebrea ezer, traducida como ayuda, indica el auxilio que sólo una persona presta a otra persona. El término no tiene ninguna connotación de inferioridad o instrumentalización. De hecho también Dios es, a veces, llamado ezer respecto al hombre (cf Esd 18,4; Sal 9-10,35).

la tierra” (cf Gn 1,28)? Ciertamente se trata de la compañera de la vida con la que el hombre se puede unir, como esposa, llegando a ser con ella “una sola carne” y abandonando por esto a “su padre y a su madre” (cf Gn 2,24)».(6)

La diferencia vital está orientada a la comunión, y es vivida serenamente tal como expresa el tema de la desnudez: «Estaban ambos desnudos, el hombre y su mujer, pero no se avergonzaban uno del otro» (Gn 2, 25).

De este modo, el cuerpo humano, marcado por el sello de la masculinidad o la femineidad, «desde “el principio” tiene un carácter nupcial, lo que quiere decir que es capaz de expresar el amor con que el hombre-persona se hace don, verificando así el profundo sentido del propio ser y del propio existir».(7) Comentando estos versículos del Génesis, el Santo Padre continúa: «En esta peculiaridad suya, el cuerpo es la expresión del espíritu y está llamado, en el misterio mismo de la creación, a existir en la comunión de las personas “a imagen de Dios”».(8)

En la misma perspectiva esponsal se comprende en qué sentido la antigua narración del Génesis deja entender cómo la mujer, en su ser más profundo y originario, existe «por razón del hombre» (cf 1Co 11,9): es una afirmación que, lejos de evocar alienación, expresa un aspecto fundamental de la semejanza con la Santísima Trinidad, cuyas Personas, con la venida de Cristo, revelan la comunión de amor que existe entre ellas. «En la “unidad de los dos” el hombre y la mujer son llamados desde su origen no sólo a existir “uno al lado del otro”, o simplemente “juntos”, sino que son llamados también a existir recíprocamente, “el uno para el otro”... El texto del Génesis 2,18-25 indica que el matrimonio es la dimensión primera y, en cierto sentido, fundamental de esta llamada. Pero no es la única. Toda la historia del hombre sobre la tierra se realiza en el ámbito de esta llamada. Basándose en el principio del ser recíproco “para” el otro en la “comunión” interpersonal, se desarrolla en esta historia la integración en la humanidad misma, querida por Dios, de lo “masculino” y de lo “femenino”».(9)

(6) Juan Pablo II, Carta Apost. *Mulieris dignitatem* (15 de agosto de 1988), 6: AAS 80 (1988), 1664.

(7) Juan Pablo II, Catequesis *El hombre-persona se hace don en la libertad del amor* (16 de enero de 1980), 1: Enseñanzas III, 1 (1980), 148.

(8) Juan Pablo II, Catequesis *La concupiscencia del cuerpo deforma las relaciones hombre-mujer* (26 de julio de 1980), 1: Enseñanzas III, 2 (1980), 288.

(9) Juan Pablo II, Carta Apost. *Mulieris dignitatem* (15 de agosto de 1988), 7: AAS 80 (1988), 1666.

La visión serena de la desnudez con la que concluye la segunda narración de la creación evoca aquel «muy bueno» que cerraba la creación de la primera pareja humana en la precedente narración. Tenemos aquí el centro del diseño originario de Dios y la verdad más profunda del hombre y la mujer, tal como Dios los ha querido y creado. Por más trastornadas y oscurecidas que estén por el pecado, estas disposiciones originarias del Creador no podrán ser nunca anuladas.

7. El pecado original altera el modo con el que el hombre y la mujer acogen y viven la Palabra de Dios y su relación con el Creador. Inmediatamente después de haberles donado el jardín, Dios les da un mandamiento positivo (cf Gn 2,16) seguido por otro negativo (cf Gn 2,17), con el cual se afirma implícitamente la diferencia esencial entre Dios y la humanidad. En virtud de la seducción de la Serpiente, tal diferencia es rechazada de hecho por el hombre y la mujer. Como consecuencia se tergiversa también el modo de vivir su diferenciación sexual. La narración del Génesis establece así una relación de causa y efecto entre las dos diferencias: en cuando la humanidad considera a Dios como su enemigo se pervierte la relación misma entre el hombre y la mujer. Asimismo, cuando esta última relación se deteriora, existe el riesgo de que quede comprometido también el acceso al rostro de Dios.

En las palabras que Dios dirige a la mujer después del pecado se expresa, de modo lapidario e impresionante, la naturaleza de las relaciones que se establecerán a partir de entonces entre el hombre y la mujer: «Hacia tu marido irá tu apetencia, y él te dominará» (Gn 3,16). Será una relación en la que a menudo el amor quedará reducido a pura búsqueda de sí mismo, en una relación que ignora y destruye el amor, reemplazándolo con el yugo de la dominación de un sexo sobre el otro. La historia de la humanidad reproduce, de hecho, estas situaciones en las que se expresa abiertamente la triple concupiscencia que recuerda San Juan, cuando habla de la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la soberbia de la vida (cf 1 Jn 2,16). En esta trágica situación se pierden la igualdad, el respeto y el amor que, según el diseño originario de Dios, exige la relación del hombre y la mujer.

8. Recorrer estos textos fundamentales permite reafirmar algunos datos capitales de la antropología bíblica.

Ante todo, hace falta subrayar el carácter personal del ser humano. «De la reflexión bíblica emerge la verdad sobre el carácter personal del ser humano. El hombre -ya sea hombre o mujer- es persona igualmente; en efecto, ambos, han

sido creados a imagen y semejanza del Dios personal».(10) La igual dignidad de las personas se realiza como complementariedad física, psicológica y ontológica, dando lugar a una armónica «unidualidad» relacional, que sólo el pecado y las “estructuras de pecado” inscritas en la cultura han hecho potencialmente conflictivas. La antropología bíblica sugiere afrontar desde un punto de vista relacional, no competitivo ni de revancha, los problemas que a nivel público o privado suponen la diferencia de sexos.

Además, hay que hacer notar la importancia y el sentido de la diferencia de los sexos como realidad inscrita profundamente en el hombre y la mujer. «La sexualidad caracteriza al hombre y a la mujer no sólo en el plano físico, sino también en el psicológico y espiritual con su impronta consiguiente en todas sus manifestaciones».(11) Ésta no puede ser reducida a un puro e insignificante dato biológico, sino que «es un elemento básico de la personalidad; un modo propio de ser, de manifestarse, de comunicarse con los otros, de sentir, expresar y vivir el amor humano».(12) Esta capacidad de amar, reflejo e imagen de Dios Amor, halla una de sus expresiones en el carácter sponsal del cuerpo, en el que se inscribe la masculinidad y femineidad de la persona.

Se trata de la dimensión antropológica de la sexualidad, inseparable de la teológica. La criatura humana, en su unidad de alma y cuerpo, está, desde el principio, cualificada por la relación con el otro. Esta relación se presenta siempre a la vez como buena y alterada. Es buena por su bondad originaria, declarada por Dios desde el primer momento de la creación; es también alterada por la desarmonía entre Dios y la humanidad, surgida con el pecado. Tal alteración no corresponde, sin embargo, ni al proyecto inicial de Dios sobre el hombre y la mujer, ni a la verdad sobre la relación de los sexos. De esto se deduce, por lo tanto, que esta relación, buena pero herida, necesita ser sanada.

¿Cuáles pueden ser las vías para esta curación? Considerar y analizar los problemas inherentes a la relación de los sexos sólo a partir de una situación marcada por el pecado llevaría necesariamente a recaer en los errores anteriormente mencionados. Hace falta romper, pues, esta lógica del pecado y buscar una salida, que permita eliminarla del corazón del hombre pecador. Una orientación clara en tal

(10) Ibid., n.6, l.c., 1663.

(11) Congregación para la Educación Católica, Orientaciones educativas sobre el amor humano. Lineamientos de educación sexual (1 de noviembre de 1983), 4: Ench. Vat. 9, 423.

(12) Ibid.

sentido se nos ofrece con la promesa divina de un Salvador, en la que están involucradas la «mujer» y su «estirpe» (cf Gn 3,15), promesa que, antes de realizarse, tendrá una larga preparación histórica.

9. Una primera victoria sobre el mal está representada por la historia de Noé, hombre justo que, conducido por Dios, se salva del diluvio con su familia y las distintas especies de animales (cf Gn 6-9). Pero la esperanza de salvación se confirma, sobre todo, en la elección divina de Abraham y su descendencia (cf Gn 12,1ss). Dios empieza así a desvelar su rostro para que, por medio del pueblo elegido, la humanidad aprenda el camino de la semejanza divina, es decir de la santidad, y por lo tanto del cambio del corazón. Entre los muchos modos con que Dios se revela a su pueblo (cf Hb 1,1), según una larga y paciente pedagogía, se encuentra también la repetida referencia al tema de la alianza entre el hombre y la mujer. Se trata de algo paradójico si se considera el drama recordado por el Génesis y su reiteración concreta en tiempos de los profetas, así como la mezcla entre sacralidad y sexualidad, presente en las religiones que circundaban a Israel. Y sin embargo, este simbolismo parece indispensable para comprender el modo en que Dios ama a su pueblo: Dios se hace conocer como el Esposo que ama a Israel, su Esposa.

Si en esta relación Dios es descrito como «Dios celoso» (cf Ex 20,5; Na 1,2) e Israel denunciado como esposa «adúltera» o «prostituta» (cf Os 2,4-15; Ez 16,15-34), el motivo es que la esperanza que se fortalece por la palabra de los profetas consiste precisamente en ver cómo Jerusalén se convierte en la esposa perfecta: «Porque como se casa joven con doncella, se casará contigo tu edificador, y con gozo de esposo por su novia se gozará por ti tu Dios» (Is 62,5). Recreada «en justicia y en derecho, en amor y en compasión» (Os 2,21), aquella que se alejó para buscar la vida y la felicidad en los dioses falsos retornará, y a Aquel que le hablará a su corazón, «ella responderá allí como en los días de su juventud» (Os 2,17), y le oirá decir: «tu esposo es tu Hacedor» (Is 54,5). En sustancia es el mismo dato que se afirma cuando, paralelamente al misterio de la obra que Dios realiza por la figura masculina del Siervo, el libro de Isaías evoca la figura femenina de Sión, adornada con una trascendencia y una santidad que prefiguran el don de la salvación destinada a Israel.

El Cantar de los cantares representa sin duda un momento privilegiado en el empleo de esta modalidad de revelación. Con palabras de un amor profundamente humano, que celebra la belleza de los cuerpos y la felicidad de la búsqueda recíproca, se expresa igualmente el amor divino por su pueblo. La Iglesia no se ha engaña-

do pues al reconocer el misterio de su relación con Cristo, en su audacia de unir, mediante las mismas expresiones, aquello que hay de más humano con aquello que hay de más divino.

A lo largo de todo el Antiguo Testamento se configura una historia de salvación, que pone simultáneamente en juego la participación de lo masculino y lo femenino. Los términos esposo y esposa, o también alianza, con los que se caracteriza la dinámica de la salvación, aun teniendo una evidente dimensión metafórica, representan aquí mucho más que simples metáforas. Este vocabulario nupcial toca la naturaleza misma de la relación que Dios establece con su pueblo, aunque tal relación es más amplia de lo que se puede captar en la experiencia nupcial humana. Igualmente, están en juego las mismas condiciones concretas de la redención, en el modo con el que oráculos como los de Isaías asocian papeles masculinos y femeninos en el anuncio y la prefiguración de la obra de la salvación que Dios está a punto de cumplir. Dicha salvación orienta al lector sea hacia la figura masculina del Siervo sufriente que hacia aquella femenina de Sión. Los oráculos de Isaías alternan de hecho esta figura con la del Siervo de Dios, antes de culminar, al final del libro, con la visión misteriosa de Jerusalén, que da a luz un pueblo en un solo día (cf Is 66,7-14), profecía de la gran novedad que Dios está a punto de realizar (cf Is 48,6-8).

10. Todas estas prefiguraciones se cumplen en el Nuevo Testamento. Por una parte María, como la hija elegida de Sión, recapitula y transfigura en su femineidad la condición de Israel/Esposa, a la espera del día de su salvación. Por otra parte, la masculinidad del Hijo permite reconocer cómo Jesús asume en su persona todo lo que el simbolismo del Antiguo Testamento había aplicado al amor de Dios por su pueblo, descrito como el amor de un esposo por su esposa. Las figuras de Jesús y María, su Madre, no sólo aseguran la continuidad entre el Antiguo y el Nuevo Testamento, sino que superan aquel. Como dice San Ireneo, con el Señor aparece «toda novedad».(13)

Este aspecto es puesto en particular evidencia por el Evangelio de Juan. En la escena de las bodas de Caná, por ejemplo, María, a la que su Hijo llama «mujer», pide a Jesús que ofrezca como señal el vino nuevo de las bodas futuras con la humanidad. Estas bodas mesiánicas se realizarán en la cruz, dónde, en presencia nuevamente de su madre, indicada también aquí como «mujer», brotará del corazón abierto del crucificado la sangre/vino de la Nueva Alianza (cf Jn 19,25-

(13) *Adversus haereses*, 4, 34, 1: SC 100. 846: «Omnem novitatem attulit semetipsum afferens».

27.34).(14) No hay pues nada de asombroso si Juan el Bautista, interrogado sobre su identidad, se presenta como «el amigo del novio», que se alegra cuando oye la voz del novio y tiene que eclipsarse a su llegada: «El que tiene a la novia es el novio; pero el amigo del novio, el que asiste y le oye, se alegra mucho con la voz del novio. Esta es, pues, mi alegría, que ha alcanzado su plenitud. Es preciso que él crezca y que yo disminuya» (Jn 3,29-30).(15)

En su actividad apostólica, Pablo desarrolla todo el sentido nupcial de la redención concibiendo la vida cristiana como un misterio nupcial. Escribe a la Iglesia de Corinto por él fundada: «Celoso estoy de vosotros con celos de Dios. Pues os tengo desposados con un solo esposo para presentaros cual casta virgen a Cristo» (2 Cor 11,2).

En la carta a los Efesios la relación esponsal entre Cristo y la Iglesia será retomada y profundizada con amplitud. En la Nueva Alianza la Esposa amada es la Iglesia, y -como enseña el Santo Padre en la Carta a las familias- «esta esposa, de la que habla la carta a los Efesios, se hace presente en cada bautizado y es como una persona que se ofrece a la mirada de su esposo: “Amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella, para... presentársela resplandeciente a sí mismo; sin que tenga mancha ni arruga ni cosa parecida, sino que sea santa e inmaculada” (Ef 5,25-27)».(16)

Meditando, por lo tanto, en la unión del hombre y la mujer como es descrita al momento de la creación del mundo (cf Gn 2,24), el apóstol exclama: «Gran misterio es éste, lo digo respecto a Cristo y la Iglesia» (Ef 5,32). El amor del hombre y la mujer, vivido con la fuerza de la gracia bautismal, se convierte ya en sacramento del amor de Cristo y la Iglesia, testimonio del misterio de fidelidad y unidad del que nace la «nueva Eva», y del que ésta vive en su camino terrenal, en espera de la plenitud de las bodas eternas.

11. Injertados en el misterio pascual y convertidos en signos vivientes del amor de Cristo y la Iglesia, los esposos cristianos son renovados en su corazón y

(14) La Tradición exegética antigua ve en María en el episodio de Caná la «figura Synagogæ» y la «inchoatio Ecclesiæ».

(15) El cuarto Evangelio profundiza aquí un dato ya presente en los Sinópticos (cf Mt 9,15 y par.). Sobre el tema de Jesús Esposo, cf Juan Pablo II, Carta a las Familias (2 de febrero de 1994), 18: AAS 86 (1994), 906-910.

(16) Juan Pablo II, Carta a las familias (2 de febrero de 1994), 19: AAS 86 (1994), 911; cf Carta Apost. *Mulieris dignitatem* (15 de agosto de 1988), 23-25: AAS 80 (1988), 1708-1715.

pueden así huir de las relaciones marcadas por la concupiscencia y la tendencia a la sumisión, que la ruptura con Dios, a causa del pecado, había introducido en la pareja primitiva. Para ellos, la bondad del amor, del cual la voluntad humana herida ha conservado la nostalgia, se revela con acentos y posibilidades nuevas. A la luz de esto, Jesús, ante la pregunta sobre el divorcio (cf Mt 19,1-9), recuerda las exigencias de la alianza entre el hombre y la mujer en cuanto queridas por Dios al principio, o bien antes de la aparición del pecado, el cual había justificado los sucesivos acomodados de la ley mosaica. Lejos del ser la imposición de un orden duro e intransigente, esta enseñanza de Jesús sobre el divorcio es efectivamente el anuncio de una «buena noticia»: que la fidelidad es más fuerte que el pecado. Con la fuerza de la resurrección es posible la victoria de la fidelidad sobre las debilidades, sobre las heridas sufridas y sobre los pecados de la pareja. En la gracia de Cristo, que renueva su corazón, el hombre y la mujer se hacen capaces de librarse del pecado y de conocer la alegría del don recíproco.

12. «Todos los bautizados en Cristo os habéis revestido de Cristo: ya no hay... ni hombre ni mujer», escribe S. Pablo a los Gálatas (Ga 3,27-28). El Apóstol no declara aquí abolida la distinción hombre-mujer, que en otro lugar afirma pertenecer al proyecto de Dios. Lo que quiere decir es más bien esto: en Cristo, la rivalidad, la enemistad y la violencia, que desfiguraban la relación entre el hombre y la mujer, son superables y superadas. En este sentido, la distinción entre el hombre y la mujer es más que nunca afirmada, y en cuanto tal acompaña a la revelación bíblica hasta el final. Al término de la historia presente, mientras se delinean en el Apocalipsis de Juan «los cielos nuevos» y «la tierra nueva» (Ap 21,1), se presenta en visión una Jerusalén femenina «engalanada como una novia ataviada para su esposo» (Ap 21,20). La revelación misma se concluye con la palabra de la Esposa y del Espíritu, que suplican la llegada del Esposo: «Ven Señor Jesús» (Ap 22,20).

Lo masculino y femenino son así revelados como pertenecientes ontológicamente a la creación, y destinados por tanto a perdurar más allá del tiempo presente, evidentemente en una forma transfigurada. De este modo caracterizan el amor que «no acaba nunca» (1 Cor 13,8), no obstante haya caducado la expresión temporal y terrena de la sexualidad, ordenada a un régimen de vida marcado por la generación y la muerte. El celibato por el Reino quiere ser profecía de esta forma de existencia futura de lo masculino y lo femenino. Para los que viven el celibato, éste adelanta la realidad de una vida, que, no obstante continuar siendo aquella propia del hombre y la mujer, ya no estará sometida a los límites presentes de la relación conyugal (cf Mt 22,30). Para los que viven la vida conyugal, aquel

estado se convierte además en referencia y profecía de la perfección que su relación alcanzará en el encuentro cara a cara con Dios.

Distintos desde el principio de la creación y permaneciendo así en la eternidad, el hombre y la mujer, injertados en el misterio pascual de Cristo, ya no advierten, pues, sus diferencias como motivo de discordia que hay que superar con la negación o la nivelación, sino como una posibilidad de colaboración que hay que cultivar con el respeto recíproco de la distinción. A partir de aquí se abren nuevas perspectivas para una comprensión más profunda de la dignidad de la mujer y de su papel en la sociedad humana y en la Iglesia.

III. LA ACTUALIDAD DE LOS VALORES FEMENINOS EN LA VIDA DE LA SOCIEDAD

13. Entre los valores fundamentales que están vinculados a la vida concreta de la mujer se halla lo que se ha dado en llamar la «capacidad de acogida del otro». No obstante el hecho de que cierto discurso feminista reivindique las exigencias «para sí misma», la mujer conserva la profunda intuición de que lo mejor de su vida está hecho de actividades orientadas al despertar del otro, a su crecimiento y a su protección.

Esta intuición está unida a su capacidad física de dar la vida. Sea o no puesta en acto, esta capacidad es una realidad que estructura profundamente la personalidad femenina. Le permite adquirir muy pronto madurez, sentido de la gravedad de la vida y de las responsabilidades que ésta implica. Desarrolla en ella el sentido y el respeto por lo concreto, que se opone a abstracciones a menudo letales para la existencia de los individuos y la sociedad. En fin, es ella la que, aún en las situaciones más desesperadas -y la historia pasada y presente es testigo de ello- posee una capacidad única de resistir en las adversidades, de hacer la vida todavía posible incluso en situaciones extremas, de conservar un tenaz sentido del futuro y, por último, de recordar con las lágrimas el precio de cada vida humana.

Aunque la maternidad es un elemento clave de la identidad femenina, ello no autoriza en absoluto a considerar a la mujer exclusivamente bajo el aspecto de la procreación biológica. En este sentido, pueden existir graves exageraciones que exaltan la fecundidad biológica en términos vitalistas, y que a menudo van acompañadas de un peligroso desprecio por la mujer. La vocación cristiana a la virginidad -audaz con relación a la tradición veterotestamentaria y a las exigencias de muchas

sociedades humanas- tiene al respecto gran importancia.(17) Ésta contradice radicalmente toda pretensión de encerrar a las mujeres en un destino que sería sencillamente biológico. Así como la maternidad física le recuerda a la virginidad que no existe vocación cristiana fuera de la donación concreta de sí al otro, igualmente la virginidad le recuerda a la maternidad física su dimensión fundamentalmente espiritual: no es conformándose con dar la vida física como se genera realmente al otro. Eso significa que la maternidad también puede encontrar formas de plena realización allí donde no hay generación física.(18)

En tal perspectiva se entiende el papel insustituible de la mujer en los diversos aspectos de la vida familiar y social que implican las relaciones humanas y el cuidado del otro. Aquí se manifiesta con claridad lo que el Santo Padre ha llamado el genio de la mujer.(19) Ello implica, ante todo, que las mujeres estén activamente presentes, incluso con firmeza, en la familia, «sociedad primordial y, en cierto sentido, “soberana”»,(20) pues es particularmente en ella donde se plasma el rostro de un pueblo y sus miembros adquieren las enseñanzas fundamentales. Ellos aprenden a amar en cuanto son amados gratuitamente, aprenden el respeto a las otras personas en cuanto son respetados, aprenden a conocer el rostro de Dios en cuanto reciben su primera revelación de un padre y una madre llenos de atenciones. Cuando faltan estas experiencias fundamentales, es el conjunto de la sociedad el que sufre violencia y se vuelve, a su vez, generador de múltiples violencias. Esto implica, además, que las mujeres estén presentes en el mundo del trabajo y de la organización social, y que tengan acceso a puestos de responsabilidad que les ofrezcan la posibilidad de inspirar las políticas de las naciones y de promover soluciones innovadoras para los problemas económicos y sociales.

Sin embargo no se puede olvidar que la combinación de las dos actividades -la familia y el trabajo- asume, en el caso de la mujer, características diferentes que en el del hombre. Se plantea por tanto el problema de armonizar la legislación y la organización del trabajo con las exigencias de la misión de la mujer dentro de la familia. El problema no es solo jurídico, económico u organizativo, sino ante todo de mentalidad, cultura y respeto. Se necesita, en efecto, una justa valoración del

(17) Cf Juan Pablo II, Exhort. Apost. post sinodal *Familiaris consortio* (22 de noviembre de 1981), 16: AAS 74 (1982), 98-99.

(18) *Ibid.*, 41, l.c., 132-133; Congregación para la Doctrina de la Fe, Instruc. *Donum vitae* (22 de febrero de 1987), II, 8: AAS 80 (1988), 96-97.

(19) Cf Juan Pablo II, Carta a las mujeres (29 de junio de 1995), 9-10: AAS 87 (1995), 809-810.

(20) Juan Pablo II, Carta a las familias (2 de febrero de 1994), 17: AAS 86 (1994), 906.

trabajo desarrollado por la mujer en la familia. En tal modo, las mujeres que libremente lo deseen podrán dedicar la totalidad de su tiempo al trabajo doméstico, sin ser estigmatizadas socialmente y penalizadas económicamente. Por otra parte, las que deseen desarrollar también otros trabajos, podrán hacerlo con horarios adecuados, sin verse obligadas a elegir entre la alternativa de perjudicar su vida familiar o de padecer una situación habitual de tensión, que no facilita ni el equilibrio personal ni la armonía familiar. Como ha escrito Juan Pablo II, «será un honor para la sociedad hacer posible a la madre -sin obstaculizar su libertad, sin discriminación psicológica o práctica, sin dejarle en inferioridad ante sus compañeras- dedicarse al cuidado y a la educación de los hijos, según las necesidades diferenciadas de la edad».(21)

14. En todo caso es oportuno recordar que los valores femeninos apenas mencionados son ante todo valores humanos: la condición humana, del hombre y la mujer creados a imagen de Dios, es una e indivisible. Sólo porque las mujeres están más inmediatamente en sintonía con estos valores pueden llamar la atención sobre ellos y ser su signo privilegiado. Pero en última instancia cada ser humano, hombre o mujer, está destinado a ser «para el otro». Así se ve que lo que se llama «femineidad» es más que un simple atributo del sexo femenino. La palabra designa efectivamente la capacidad fundamentalmente humana de vivir para el otro y gracias al otro.

Por lo tanto la promoción de las mujeres dentro de la sociedad tiene que ser comprendida y buscada como una humanización, realizada gracias a los valores redescubiertos por las mujeres. Toda perspectiva que pretenda proponerse como lucha de sexos sólo puede ser una ilusión y un peligro, destinados a acabar en situaciones de segregación y competición entre hombres y mujeres, y a promover un solipsismo, que se nutre de una concepción falsa de la libertad.

Sin prejuzgar los esfuerzos por promover los derechos a los que las mujeres pueden aspirar en la sociedad y en la familia, estas observaciones quieren corregir la perspectiva que considera a los hombres como enemigos que hay que vencer. La relación hombre-mujer no puede pretender encontrar su justa condición en una especie de contraposición desconfiada y a la defensiva. Es necesario que tal relación sea vivida en la paz y felicidad del amor compartido.

En un nivel más concreto, las políticas sociales -educativas, familiares, laborales, de acceso a los servicios, de participación cívica- si bien por una parte

(21) Carta Enc. Laborem exercens (14 de septiembre de 1981), 19: AAS 73 (1981), 627.

tienen que combatir cualquier injusta discriminación sexual, por otra deben saber escuchar las aspiraciones e individualizar las necesidades de cada cual. La defensa y promoción de la idéntica dignidad y de los valores personales comunes deben armonizarse con el cuidadoso reconocimiento de la diferencia y la reciprocidad, allí donde eso se requiera para la realización del propio ser masculino o femenino.

IV. LA ACTUALIDAD DE LOS VALORES FEMENINOS EN LA VIDA DE LA IGLESIA

15. Con respecto a la Iglesia, el signo de la mujer es más que nunca central y fecundo. Ello depende de la identidad misma de la Iglesia, que ésta recibe de Dios y acoge en la fe. Es esta identidad «mística», profunda, esencial, la que se debe tener presente en la reflexión sobre los respectivos papeles del hombre y la mujer en la Iglesia.

Ya desde las primeras generaciones cristianas, la Iglesia se consideró una comunidad generada por Cristo y vinculada a Él por una relación de amor, que encontró en la experiencia nupcial su mejor expresión. Por ello la primera obligación de la Iglesia es permanecer en la presencia de este misterio del amor divino, manifestado en Cristo Jesús, contemplarlo y celebrarlo. En tal sentido, la figura de María constituye la referencia fundamental de la Iglesia. Se podría decir, metafóricamente, que María ofrece a la Iglesia el espejo en el que es invitada a reconocer su propia identidad así como las disposiciones del corazón, las actitudes y los gestos que Dios espera de ella.

La existencia de María es para la Iglesia una invitación a radicar su ser en la escucha y acogida de la Palabra de Dios. Porque la fe no es tanto la búsqueda de Dios por parte del hombre cuanto el reconocimiento de que Dios viene a él, lo visita y le habla. Esta fe, cierta de que «ninguna cosa es imposible para Dios» (cf Gn 18,14; Lc 1,37), vive y se profundiza en la obediencia humilde y amorosa con la que la Iglesia sabe decirle al Padre: «hágase en mí según tu palabra» (Lc 1,38). La fe continuamente remite a la persona de Jesús: «Haced lo que él os diga» (Jn 2,5), y lo acompaña en su camino hasta los pies de la cruz. María, en la hora de las tinieblas más profundas, persiste valientemente en la fe, con la única certeza de la confianza en la palabra de Dios.

También de María aprende la Iglesia a conocer la intimidad de Cristo. María, que ha llevado en sus brazos al pequeño niño de Belén, enseña a conocer la infinita humildad de Dios. Ella, que ha acogido el cuerpo martirizado de Jesús después de la cruz, muestra a la Iglesia cómo recoger todas las vidas desfiguradas en

este mundo por la violencia y el pecado. La Iglesia aprende de María el sentido de la potencia del amor, tal como Dios la despliega y revela en la vida del Hijo predilecto: «dispersó a los que son soberbios y exaltó a los humildes» (Lc 1,51-52). Y también de María los discípulos de Cristo reciben el sentido y el gusto de la alabanza ante las obras de Dios: «porque ha hecho en mi favor maravillas el Poderoso» (Lc 1, 49). Ellos aprenden que están en el mundo para conservar la memoria de estas «maravillas» y velar en la espera del día del Señor.

16. Mirar a María e imitarla no significa, sin embargo, empujar a la Iglesia hacia una actitud pasiva inspirada en una concepción superada de la femineidad. Tampoco significa condenarla a una vulnerabilidad peligrosa, en un mundo en el que lo que cuenta es sobre todo el dominio y el poder. En realidad, el camino de Cristo no es ni el del dominio (cf Fil 2, 6), ni el del poder como lo entiende el mundo (cf Jn18,26). Del Hijo de Dios aprendemos que esta «pasividad» es en realidad el camino del amor, es poder real que derrota toda violencia, es «pasión» que salva al mundo del pecado y de la muerte y recrea la humanidad. Confiando su Madre al apóstol S. Juan, el Crucificado invita a su Iglesia a aprender de María el secreto del amor que triunfa.

Muy lejos de otorgar a la Iglesia una identidad basada en un modelo contingente de femineidad, la referencia a María, con sus disposiciones de escucha, acogida, humildad, fidelidad, alabanza y espera, coloca a la Iglesia en continuidad con la historia espiritual de Israel. Estas actitudes se convierten también, en Jesús y a través de él, en la vocación de cada bautizado.

Prescindiendo de las condiciones, estados de vida, vocaciones diferentes, con o sin responsabilidades públicas, tales actitudes determinan un aspecto esencial de la identidad de la vida cristiana. Aun tratándose de actitudes que tendrían que ser típicas de cada bautizado, de hecho, es característico de la mujer vivirlas con particular intensidad y naturalidad. Así, las mujeres tienen un papel de la mayor importancia en la vida eclesial, interpelando a los bautizados sobre el cultivo de tales disposiciones, y contribuyendo en modo único a manifestar el verdadero rostro de la Iglesia, esposa de Cristo y madre de los creyentes.

En esta perspectiva también se entiende que el hecho de que la ordenación sacerdotal sea exclusivamente reservada a los hombres⁽²²⁾ no impide en absoluto

(22) Cf Juan Pablo II, Carta Apost. *Ordinatio sacerdotalis* (22 de mayo de 1994): AAS 86 (1994), 545-548; Congregación para la Doctrina de la Fe, Respuesta a la duda acerca de la doctrina de la Carta Apostólica «*Ordinatio sacerdotalis*» (28 de octubre de 1995: AAS 87 (1995), 1114.

a las mujeres el acceso al corazón de la vida cristiana. Ellas están llamadas a ser modelos y testigos insustituibles para todos los cristianos de cómo la Esposa debe corresponder con amor al amor del Esposo.

CONCLUSIÓN

17. En Jesucristo se han hecho nuevas todas las cosas (cf Ap 21,5). La renovación de la gracia, sin embargo, no es posible sin la conversión del corazón. Mirando a Jesús y confesándolo como Señor, se trata de reconocer el camino del amor vencedor del pecado, que Él propone a sus discípulos.

Así, la relación del hombre con la mujer se transforma, y la triple concupiscencia de la que habla la primera carta de S. Juan (cf 1Jn 2,15-17) cesa su destructiva influencia. Se debe recibir el testimonio de la vida de las mujeres como revelación de valores, sin los cuales la humanidad se cerraría en la autosuficiencia, en los sueños de poder y en el drama de la violencia. También la mujer, por su parte, tiene que dejarse convertir, y reconocer los valores singulares y de gran eficacia de amor por el otro del que su femineidad es portadora. En ambos casos se trata de la conversión de la humanidad a Dios, a fin de que tanto el hombre como la mujer conozcan a Dios como a su «ayuda», como Creador lleno de ternura y como Redentor que «amó tanto al mundo que dio a su Hijo único» (Jn 3,16).

Una tal conversión no puede verificarse sin la humilde oración para recibir de Dios aquella transparencia de mirada que permite reconocer el propio pecado y al mismo tiempo la gracia que lo sana. De modo particular se debe implorar la intercesión de la Virgen María, mujer según el corazón de Dios -«bendita entre las mujeres» (Lc 1,42)-, elegida para revelar a la humanidad, hombres y mujeres, el camino del amor. Solamente así puede emerger en cada hombre y en cada mujer, según su propia gracia, aquella «imagen de Dios», que es la efigie santa con la que están sellados (cf Gn 1,27). Solo así puede ser redescubierto el camino de la paz y del estupor, del que es testigo la tradición bíblica en los versículos del Cantar de los cantares, donde cuerpos y corazones celebran un mismo júbilo.

Ciertamente la Iglesia conoce la fuerza del pecado, que obra en los individuos y en las sociedades, y que a veces llevaría a desesperar de la bondad de la pareja humana. Pero por su fe en Cristo crucificado y resucitado, la Iglesia conoce aún más la fuerza del perdón y del don de sí, a pesar de toda herida e

injusticia. La paz y la maravilla que la Iglesia muestra con confianza a los hombres y mujeres de hoy son la misma paz y maravilla del jardín de la resurrección, que ha iluminado nuestro mundo y toda su historia con la revelación de que «Dios es amor» (1Jn 4,8.16).

El Sumo Pontífice Juan Pablo II, en la audiencia concedida al infrascrito Cardenal Prefecto, ha aprobado la presente Carta, decidida en la Sesión Ordinaria de esta Congregación, y ha ordenado que sea publicada.

Dado en Roma, en la sede de la Congregación para la Doctrina de la Fe, el 31 de mayo de 2004, Fiesta de la Visitación de la Beata Virgen María.

† Joseph Card. Ratzinger, Prefecto

† Angelo Amato, SDB, Arzobispo titular de Sila, Secretario



Conferencia Episcopal Española

COMITÉ EJECUTIVO

EN FAVOR DEL VERDADERO MATRIMONIO

Nota del Comité Ejecutivo de la Conferencia Episcopal Española

Madrid, 15 de julio de 2004

1. El pasado 29 de junio, el Congreso de los Diputados votó favorablemente una proposición no de Ley del Partido Socialista que solicita la equiparación legal plena de las uniones de personas del mismo sexo con el verdadero matrimonio. El Gobierno, por medio del Ministro de Justicia, se apresuró a anunciar que en septiembre remitirá a la Cámara un proyecto de Ley en este mismo sentido y que confía en que el llamado matrimonio homosexual sea posible legalmente ya para comienzos del año próximo. También se votaron varias proposiciones de Ley que legitimarían las uniones homosexuales de diversos modos.

2. Las personas homosexuales, como todos, están dotadas de la dignidad inalienable que corresponde a cada ser humano. No es en modo alguno aceptable que se las menosprecie, maltrate o discrimine. Es evidente que, en cuanto personas, tienen en la sociedad los mismos derechos que cualquier ciudadano y, en cuanto cristianos, están llamados a participar en la vida y en la misión de la Iglesia. Condenamos una vez más las expresiones o los comportamientos que lesionan la dignidad de estas personas y sus derechos; y llamamos de nuevo a los católicos a respetarlas y a acogerlas como corresponde a una caridad verdadera y coherente.

3. Con todo, ante la inusitada innovación legal anunciada, tenemos el deber de recordar también algo tan obvio y natural como que el matrimonio no puede ser contraído más que por personas de diverso sexo: una mujer y un varón. A dos personas del mismo sexo no les asiste ningún derecho a contraer matrimonio entre ellas. El Estado, por su parte, no puede reconocer este derecho inexistente, a no ser actuando de un modo arbitrario que excede sus capacidades y que dañará, sin duda muy seriamente, el bien común. Las razones que avalan estas proposiciones son de orden antropológico, social y jurídico. Las repasamos sucintamente, siguiendo de cerca las recientes orientaciones del Papa a este respecto[1].

4. a) Los significados unitivo y procreativo de la sexualidad humana se fundamentan en la *realidad antropológica* de la diferencia sexual y de la vocación al amor que nace de ella, abierta a la fecundidad. Este conjunto de significados personales hace de la unión corporal del varón y de la mujer en el matrimonio la expresión de un amor por el que se entregan mutuamente de tal modo, que esa donación recíproca llega a constituir una auténtica comunión de personas, la cual, al tiempo que plenifica sus existencias, es el lugar digno para la acogida de nuevas vidas personales. En cambio, las relaciones homosexuales, al no expresar el valor antropológico de la diferencia sexual, no realizan la complementariedad de los sexos, ni pueden engendrar nuevos hijos.

A veces se arguye en contra de estas afirmaciones que la sexualidad puede ir hoy separada de la procreación y que, de hecho, así sucede gracias a las técnicas que, por una parte, permiten el control de la fecundidad y, por otra, hacen posible la fecundación en los laboratorios. Sin embargo, será necesario reconocer que estas posibilidades técnicas no pueden ser consideradas como sustitutivo válido de las relaciones personales íntegras que constituyen la rica realidad antropológica del verdadero matrimonio. La tecnificación deshumanizadora de la vida no es un factor de verdadero progreso en la configuración de las relaciones conyugales, de filiación y de fraternidad.

El bien superior de los niños exige, por supuesto, que no sean encargados a los laboratorios, pero tampoco adoptados por uniones de personas del mismo sexo. No podrán encontrar en estas uniones la riqueza antropológica del verdadero ma-

[1] Congregación para la Doctrina de la Fe, *Consideraciones acerca de los proyectos de reconocimiento legal de las uniones entre personas homosexuales* (3 de junio de 2003), Ecclesia 3165/66, 9 y 16 de agosto de 2003, 1236-1239.

rimonio, el único ámbito donde, como Juan Pablo II ha recordado recientemente al Embajador de España ante la Santa Sede, las palabras padre y madre pueden “decirse con gozo y sin engaño”. No hay razones antropológicas ni éticas que permitan hacer experimentos con algo tan fundamental como es el derecho de los niños a conocer a su padre y a su madre y a vivir con ellos, o, en su caso, a contar al menos con un padre y una madre adoptivos, capaces de representar la polaridad sexual conyugal. La figura del padre y de la madre es fundamental para la neta identificación sexual de la persona. Ningún estudio ha puesto fehacientemente en cuestión estas evidencias.

b) La relevancia del único verdadero matrimonio para la vida de los pueblos es tal, que difícilmente se pueden encontrar *razones sociales* más poderosas que las que obligan al Estado a su reconocimiento, tutela y promoción. Se trata, en efecto, de una institución más primordial que el Estado mismo, inscrita en la naturaleza de la persona como ser social. La historia universal lo confirma: ninguna sociedad ha dado a las relaciones homosexuales el reconocimiento jurídico de la institución matrimonial.

El matrimonio, en cuanto expresión institucional del amor de los cónyuges, que se realizan a sí mismos como personas y que engendran y educan a sus hijos, es la base insustituible del crecimiento y de la estabilidad de la sociedad. No puede haber verdadera justicia y solidaridad si las familias, basadas en el matrimonio, se debilitan como hogar de ciudadanos de humanidad bien formada.

Si el Estado procede a dar curso legal a un supuesto matrimonio entre personas del mismo sexo, la institución matrimonial quedará seriamente afectada. Fabricar moneda falsa es devaluar la moneda verdadera y poner en peligro todo el sistema económico. De igual manera, equiparar las uniones homosexuales a los verdaderos matrimonios, es introducir un peligroso factor de disolución de la institución matrimonial y, con ella, del justo orden social.

Se dice que el Estado tendría la obligación de eliminar la secular discriminación que los homosexuales han padecido por no poder acceder al matrimonio. Es, ciertamente, necesario proteger a los ciudadanos contra toda discriminación injusta. Pero es igualmente necesario proteger a la sociedad de las pretensiones injustas de los grupos o de los individuos. No es justo que dos personas del mismo sexo pretendan casarse. Que las leyes lo impidan no supone discriminación alguna. En cambio, sí sería injusto y discriminatorio que el verdadero matri-

monio fuera tratado igual que una unión de personas del mismo sexo, que ni tiene ni puede tener el mismo significado social. Conviene notar que, entre otras cosas, la discriminación del matrimonio en nada ayudará a superar la honda crisis demográfica que padecemos.

c) Se alegan también *razones de tipo jurídico* para la creación de la ficción legal del matrimonio entre personas del mismo sexo. Se dice que ésta sería la única forma de evitar que no pudieran disfrutar de ciertos derechos que les corresponden en cuanto ciudadanos. En realidad, lo justo es que acudan al derecho común para obtener la tutela de situaciones jurídicas de interés recíproco.

En cambio, se debe pensar en los efectos de una legislación que abre la puerta a la idea de que el matrimonio entre un varón y una mujer sería sólo uno de los matrimonios posibles, en igualdad de derechos con otros tipos de matrimonio. La influencia pedagógica sobre las mentes de las personas y las limitaciones, incluso jurídicas, de sus libertades que podrán suscitarse serán sin duda muy negativas. ¿Será posible seguir sosteniendo la verdad del matrimonio, y educando a los hijos de acuerdo con ella, sin que padres y educadores vean conculcado su derecho a hacerlo así por un nuevo sistema legal contrario a la razón? ¿No se acabará tratando de imponer a todos por la pura fuerza de la ley una visión de las cosas contraria a la verdad del matrimonio?

5. Pensamos, pues, que el reconocimiento jurídico de las uniones homosexuales y, más aún, su equiparación con el matrimonio, constituiría un error y una injusticia de muy negativas consecuencias para el bien común y el futuro de la sociedad. Naturalmente, sólo la autoridad legítima tiene la potestad de establecer las normas para la regulación de la vida social. Pero también es evidente que todos podemos y debemos colaborar con la exposición de las ideas y con el ejercicio de actuaciones razonables a que tales normas respondan a los principios de la justicia y contribuyan realmente a la consecución del bien común. Invitamos, pues, a todos, en especial a los católicos, a hacer todo lo que legítimamente se encuentre en sus manos en nuestro sistema democrático para que las leyes de nuestro País resulten favorables al único verdadero matrimonio. En particular, ante la situación en la que nos encontramos, “el parlamentario católico tiene el deber moral de expresar clara y públicamente su desacuerdo y votar contra el proyecto de ley”[2] que pretenda legalizar las uniones homosexuales.

[2] Congregación para la Doctrina de la Fe, *lugar citado*, 10.

6. La institución matrimonial, con toda la belleza propia del verdadero amor humano, fuerte y fértil, también en medio de sus fragilidades, es muy estimada por todos los pueblos. Es una realidad humana que responde al plan creador de Dios y que, para los bautizados, es sacramento de la gracia de Cristo, el esposo fiel que ha dado su vida por la Iglesia, haciendo de ella una madre feliz y fecunda de muchos hijos. Precisamente por eso, la Iglesia reconoce el valor sagrado de todo matrimonio verdadero, también del que contraen quienes no profesan nuestra fe. Junto con muchas personas de ideologías y de culturas muy diversas, estamos empeñados en fortalecer la institución matrimonial, ante todo, ofreciendo a los jóvenes ejemplos que seguir e impulsos que secundar. En este proyecto de una civilización del amor las personas homosexuales serán respetadas y acogidas con amor. Invocamos para todos la bendición de Dios y la ayuda de Santa María y de San José.